



AMÉRICO VESPUCIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES

RODRIGO MORENO JERIA



AMÉRICO VESPUCIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES

Rodrigo Moreno Jeria

Lima, 2018

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna por ningún medio o soporte sin el previo aviso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Américo Vespucio: La capacidad de identificar oportunidades

(c) 2018, EY

(c) 2018, Rodrigo Moreno

© Ernst & Young

© EY

© Rodrigo Moreno Jeria

Autor: Rodrigo Moreno Jeria

Editado por:

Ernst & Young Asesores S. Civil de R. L

Av. Víctor Andrés Belaunde 171 Urb. El Rosario - San Isidro

Teléfono: 411-4444 / Correo: eyperu@pe.ey.com

EY no asume ninguna responsabilidad por el contenido de la presente obra e investigación respectiva, incluyendo las fotos e ilustraciones. El autor es el único responsable por la veracidad de las afirmaciones o comentarios vertidos.

Cuidado de edición: Paulo Pantigoso

Diseño y diagramación: Paul Mendoza

Imágenes utilizadas en la portada y contraportada:

Detalle mapa Martin Waldseemüller 1507. Cortesía de The Library of Congress, Washington.

Florenia a fines del siglo XV por Hartmann Schedel. Barry Lawrence Ruderman, La Jolla, California.

Imagen de Américo utilizando el Astrolabio, de Jan van der Straet, c.1600. Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island.

Mapamundi de Bernard Sylvanus en donde al nuevo mundo se le denomina Tierra de la Santa Cruz 1511. Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island.

Tiraje: 4,000 ejemplares

ISBN: 978-612-47325-2-2 Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-12471

Impreso en Perú / Printed in Peru

Impreso en Comunica2 S.A.C.

Calle Omicron N° 218, Urb. Parque Internacional de Industria y Comercio

Callao, Perú, agosto 2018

ÍNDICE

Proemio	9
Introducción	13
01. Floencia, epicentro del Renacimiento y patria de los Vespucio	19
02. Américo, educación global y entorno propicio	33
03. Vespucio en Sevilla: explorando nuevas oportunidades	51
04. Los viajes y las nuevas fronteras mentales	61
05. El Nuevo Mundo y sus consecuencias: La capacidad de ver el entorno	75
06. Reflexiones para el mundo de los negocios	103
Bibliografía	113
Agradecimientos	117
Otras publicaciones	118

A mi esposa Olga Lucía y a mis hijas Catalina María,
María del Mar y María de los Ángeles.

PROEMIO



Paulo Pantigoso
Country Managing Partner
EY Perú

La presente obra de Rodrigo Moreno, tercera editada a través de EY Perú, nos transporta nuevamente a la época de los grandes descubrimientos de finales del siglo XV e inicios del siglo XVI. Conocer la historia de Américo Vespucio es continuar adentrándose en esta época de grandes desafíos y emprendimientos recogidos por la historia universal, que con tanta precisión y fina pluma el profesor Moreno nos ha regalado también y previamente en la obra de Cristóbal Colón: El Emprendedor, en la obra de Magallanes y Elcano: La Empresa de la Primera Circunnavegación del Mundo, de su autoría, constituyendo todas ellas, pues, una primera trilogía de sus entregas dedicadas a esta época, al mar y a las grandes epopeyas. En esta nueva publicación, notamos el acostumbrado contrapunto de ideas, hallazgos e interpretaciones que Rodrigo nos enseña a relacionar con el paralelismo empresarial y emprendedor acostumbrado, aplicado desde la historia universal a la actualidad, y que nos pone en valor aspectos muy poco conocidos de una historia que concede el “patronímico” del continente “América” a Américo Vespucio. Justamente el conocer de dónde viene el nombre del continente americano, su historia, las circunstancias de la época en la que el mapa del cartógrafo Martín Waldseemüller (que en 1507 acuñó el nombre de “América” por primera vez, para nombrar así al Nuevo Mundo), son abordados y comentados en esta obra. También se revelan y conocen detalles de la organización de viajes marítimos y

de su logística y financiamiento, de negociaciones, contratos, además de, claro está, reflexiones con tinte de ucronías: ¿América podría haberse llamado diferente? ¿Quizás algún nombre en honor a Colón? ¿Ha habido disentimientos en la posición de personajes históricos en el reconocimiento dado a Américo Vespucio por haber eternizado su nombre en el continente nombrado como América, quizás sin haberlo merecido tanto como Colón u otros navegantes y descubridores? Estoy seguro que estas primeras preguntas serán disfrutadas en el deleite de sus respuestas y en lo que el profesor Moreno nos ofrece en esta tercera obra.

Este es un libro que parte de la potencia de los relatos, descripción de eventos, relacionamiento de circunstancias y agudo análisis de sus causas y efectos, para transportarnos al tiempo y espacio de su época de ocurrencia, basado en el estudio profundo y científico de su autor. Sobre ello se basa la relación de eventos y reflexión de ideas que parten de un momento de ebullición del desarrollo del conocimiento de la humanidad, enmarcados por los un poco más de 500 años de su ocurrencia. Una vez más el profesor Moreno nos atrapa con el paralelismo empresarial en esta historia, con los retos de montar emprendimientos de viajes marítimos hace 5 siglos, complejidad de las relaciones humanas entre sus participantes y desafíos, y su documentación e interpretación. Y ese es “el” ángulo de dominio de Rodrigo: primero nos sienta en la butaca de espectador de la historia real, y luego nos invita a la filosofía y debate de las causas y efectos de los eventos, matizado hábilmente por la ayuda visual de cartografías e ilustraciones que nos ayudan a imaginarnos y a situarnos en la historia y su circunstancia.

Rodrigo nos trae así, pues, nuevamente, conocimiento que nos atrapa describiendo eventos históricos y de un conocimiento científico y organizacional, que abarca muchos frentes diferentes de la persona central motivo de su estudio, en una época en la que hoy en día es difícil imaginar no resolver algo con un simple click en un *smartphone*. Innovación y emprendimiento de proyectos, planeamiento estratégico y ejecución, estudio, preparación, negociación, planes de negocios, presupuestos, liderazgo, toma de decisiones, anticipación, disciplina,

perseverancia y gestión de recursos humanos, son algunos de los objetos del paralelismo corporativo abordado por el autor.

Tengo el privilegio de haber sido alumno de Rodrigo Moreno, en clase y fuera de ella, y lo describo como un emprendedor del conocimiento analítico: lo busca, lo relaciona, lo enseña. Como él mismo menciona: dicta lecciones del pasado para entender el presente y prever mejor el futuro. Rodrigo describe, contextualiza y transporta. Divierte y obliga a la reflexión, y da vitaminas a la creatividad, a la innovación y al entendimiento de las situaciones. El alcance de sus clases, y ahora de esta obra, es de un cometido relacional bidimensional: pasado con presente y futuro: todos los anteriores vistos desde una óptica empresarial.

Como lo he mencionado en las obras anteriores del profesor Rodrigo Moreno con EY: en nuestra firma no somos ajenos al esfuerzo de emprender, pues consideramos que con el éxito de los emprendimientos es que las sociedades progresan, acumulan beneficios y distribuyen riqueza. El empresario emprende. El empresario fija objetivos y toma decisiones estratégicas con metas, recursos, administración y control de los negocios, y asume responsabilidades comerciales, operativas y legales, pero sobre todo cuida del conjunto de variables que se mezclan para procurar obtener un resultado de producción de mayor satisfacción personal y social; es un agente que transforma. ¿Cómo ser un mejor empresario? La respuesta: siendo una mejor persona.

¿Y cómo ser esto último? Pues con capacitación y reflexión. Las capacidades de anticipación predictiva-assertiva, y de leer “varias jugadas del tablero de ajedrez por adelantado”, le proveen al empresario mayores probabilidades de éxito. Pero, sobre todo, un empresario que tiene a su cargo relacionarse y dirigir personas no puede dejar de aprender y de exigirse intelectualmente; tiene que saber mucho más de todo que el promedio, y ahí es donde EY apoya de manera directa con su incansable esfuerzo de dotar de más conocimientos al empresario, para hacerlo un profesional más informado, mejor gestor y mejor líder, a través del mejoramiento y profundización de su conocimiento. Por último, el empresario lee y estudia, y vuelve a leer.

En ese contexto y de la mano con nuestro propósito que también perseguimos con el empresariado al que asistimos con nuestras asesorías como EY, deseamos arropar más el conocimiento del “hemisferio derecho” en las mentes que dirigen emprendimientos y empresas, quizás más volcados al pensamiento lógico que podría inferirse que predominase en quienes dirigen los negocios. Por ello, nos importa mejorar la “biblioteca del empresario” en conocimiento técnico y en habilidades blandas, y por ello esta publicación lo testimonia. También deseamos servir a la comunidad de negocios con nuestros servicios profesionales bajo nuestro principio de “hacer un mejor mundo para los negocios”, y este volumen del profesor Rodrigo Moreno colabora con ello. Somos conscientes de que uno de los mejores legados es el conocimiento continuo y tenemos la convicción de que obras como esta logran el propósito de recoger historia fidedigna y traducirla en análisis para múltiples beneficios, además de educar de manera seria, visual y divertida.

Nuestro sincero agradecimiento a mi profesor y entrañable amigo Rodrigo Moreno, por escoger a EY como vector para irradiar su sabiduría.

Lima, agosto de 2018

Paulo Pantigoso
Country Managing Partner
EY Perú

INTRODUCCIÓN



Rodrigo Moreno Jeria
Autor

Puede resultar curioso pensar que nuestro continente debe su nombre a un personaje del que, salvo algunos antecedentes puntuales, sabemos poco de su vida y que, además, es evidente el escaso tiempo de estudio que se le dedica en ámbitos educativos. De hecho, esta carencia no solo se observa en la etapa escolar, sino también en los propios escenarios universitarios, donde Américo Vespucio es solo un pequeño apéndice de la gran historia colombina.

Son múltiples las razones de este olvido de la historia, y algunas bastante fundamentadas. La primera es que efectivamente del personaje no existen los suficientes antecedentes biográficos como para haber convertido a este singular florentino, en el epicentro de los estudios sobre el gran período de los descubrimientos. De hecho, no son muy abundantes las obras publicadas que traten exclusivamente de él, y más aún, si las comparamos con la de Cristóbal Colón, la gran figura estudiada desde múltiples perspectivas. Sin embargo, las celebraciones del quinto centenario de la publicación del mapa de Martin Waldseemüller en el año 2007, carta geográfica en donde se bautizó al Nuevo Mundo tal como hoy le conocemos, posibilitó que se haya profundizado en la investigación sobre este personaje, cuya figura conviven luces y sombras que son necesarias develar.

Quienes han seguido la estela de Vespucio, recordarán —entre otras— la obra de Roberto Levillier o la magistral pluma de Germán Arciniegas. En ambos casos, estudiosos admiradores del florentino. No obstante, estudiarlo sin revisar las polémicas italianas frente a la autenticidad de los manuscritos disponibles, algunos de ellos más apócrifos que fidedignos, puede mutilar la imagen del verdadero Américo. Y por ello, qué mejor que conocer la visión crítica de Consuelo Varela y la de Felipe Fernández-Armesto, dos historiadores de renombre.

La segunda razón del olvido de Vespucio en la cotidianeidad americana se debe a que costó mucho llegar a un consenso sobre el nombre definitivo del Nuevo Mundo, más aún si consideramos que Colón llegó al Caribe en 1492 y que recién América recibió su nombre en 1507, por lo cual —se puede deducir— que no solo el navegante genovés tuvo dificultad de aceptar la idea de la existencia de un cuarto continente, sino que fueron muchos los que también se negaron a aceptarlo, al menos públicamente. Y que los que tuvieron la apertura de mente para llegar a dicha idea, difícilmente se pondrían de acuerdo para dar en consenso un nombre a este nuevo espacio geográfico.

Por ello, Américo Vespucio, o Amerigo Vespucci, su verdadero nombre, desde muy temprano se transformó en un personaje polémico, porque él, no perteneciendo al exclusivo mundo de los grandes navegantes, finalmente ganó —sin buscarlo— el premio mayor entre los reconocimientos geográficos, el de dar su nombre al nuevo continente al otro lado del Atlántico, reconocimiento exagerado para muchos, principalmente porque no se creía que reunía los méritos suficientes para tal honor. De ahí que su figura terminó siendo eclipsada a tal punto que hoy todos hablamos de América, pero sabemos poco de Américo; una paradoja que persiste pese a los esfuerzos de los historiadores por revertir este curioso silencio que existe más allá de los centros de investigación y de las aulas universitarias.

A partir de lo anterior, la presente obra tiene por objetivo presentarles al Américo tal como hoy le conocemos, con sus claroscuros, en su dimensión humana y realista. Una figura que nos permita conocerle y aprender de él, del cual podamos extraer enseñanzas para nuestras vidas, tanto en los aspectos positivos como negativos que, como siempre, conviven estrechamente. Y al hacerlo, llevar la reflexión al mundo de la toma de decisiones, en los diversos ámbitos en que nos desenvolvemos, porque claramente aquí hay claves que descubriremos a partir de la trayectoria de su vida y que pueden ser bastante reveladoras y, a veces, inspiradoras.

Conociendo a Vespucio y su mundo, nos sumergiremos también en un espacio un tanto “nebuloso” de la historia de los descubrimientos como los de Colón y Magallanes, del cual disponemos de mayores luces. Por lo tanto, al margen del objetivo planteado más arriba, estudiar historia merece la pena, y si además sirve para comprender el presente y/o aplicarla, mejor aún.

Quiero agradecer a EY Perú por el apoyo y compromiso que ha liderado desde que comenzamos a “navegar con Cristóbal Colón”. Ha sido un bálsamo sentir el respaldo para incursionar en este oficio de historiador que quiere llevar al presente, historias del pasado lejano. Paulo Pantigoso ha sido clave en esto, y le estoy eternamente agradecido. También a Beatriz Boza, porque gracias a su apoyo pude desarrollar por primera vez el tema de Américo Vespucio en el programa La Historia en EY, que venimos trabajando desde hace ya varios años. Dicha aventura nos llevó a incluso a visitar el norte de Italia, incluyendo por supuesto la bella Florencia, la patria de Amerigo.

También mi gratitud permanente al equipo de EY Perú, ya que sin ellos, esto no sería posible. Un lujo de profesionales con los cuales se cumple a cabalidad la premisa de saber trabajar en equipo. Igualmente, en Chile, vital es el apoyo de la historiadora Cecilia Inojosa Grandela, amiga perpetua, quien siempre apoya desde la lectura aguda y crítica necesaria, en pro de lograr un mejor resultado.

Y, por supuesto, no puedo dejar de mencionar a quienes ayudan en esta travesía. Al decano de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez, Francisco Covarrubias Porzio, a su director de investigación Diego Melo Carrasco, así como al Centro de Estudios Americanos, nodo de investigación al cual pertenezco en su línea de Estudios Marítimos.

Y a mi familia, la gratitud de la comprensión y el apoyo irrestricto. Con mi esposa Olga Lucía, estuvimos hace poco en la parroquia de Ognissanti en Florencia, compartiendo la emoción de estar en un espacio sacro bello, que tanto significó para los Vespucio. Dicha compañía es vital en la tarea de continuar en este desafío que es, ante todo, vocacional.

Valparaíso, agosto de 2018

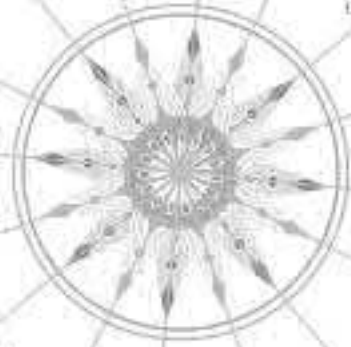
Rodrigo Moreno Jeria

AMÉRICO VESPUCIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES

AMÉRICO VESPICIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES



Capítulo
01

Florenzia

*Florenzia, epicentro del Renacimiento y
patria de los Vespucio*



Florenia a fines del siglo XV por Hartmann Schedel



Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California

Florenia, hacia el siglo XV, era una ciudad con larga trayectoria histórica. Presumiblemente fundada en el siglo primero antes de Cristo, posiblemente vivía a finales de la Edad Media una de sus mejores épocas, al alero de la prosperidad económica y de la fortaleza política, de los Médici, aquella familia que, liderada por Cosme “El Viejo”, controló el poder político y financiero de la república florentina. La influencia que llegó a tener la ciudad de Florenia sobre la región de Toscana, la convirtió en una potencia de su tiempo —en particular en el siglo XV— aunque, a decir verdad, simultáneamente a dichas glorias, los conflictos internos y externos marcaron a fuego a esta urbe que tan identificada está con lo que nosotros solemos llamar “Renacimiento”.

De hecho, a mediados del siglo referido, el “Quattrocento”, la riqueza y prosperidad de la ciudad se podía percibir en algunas de sus monumentales obras que coincidentemente estaban en construcción. Por ejemplo, ya estaba terminada la fabulosa cúpula auto-portante de la catedral de Santa María del Fiore, diseñada por el famoso arquitecto Filippo Brunelleschi. Sin embargo, aún seguía en ejecución la construcción de la linterna superior de la misma, cierre maestro que recién estaría finalizado en 1461. Muchos años después de la muerte del arquitecto, acaecida en 1446, fue su discípulo Michelozzo el encargado de terminarla, así como, también fue el responsable de construir el Palacio de los Médici, levantado entre los años 1444 y 1464.

Estas construcciones son solo un ejemplo de la prosperidad que vivía la ciudad, que había dejado atrás los difíciles años del siglo anterior, con crisis económica, guerras intestinas y una peste negra que había matado a más de la mitad de la población, siendo una de las más afectadas en toda la península itálica. En cambio, en tiempos de Cosme “El Viejo” (1389-1464), la suerte le sonreía, puesto que no solo tenía el liderazgo consolidado, sino que la economía pasaba por un buen momento, trayendo, tras de sí, un sinnúmero de otros beneficios, entre los que se contaba un fuerte crecimiento de las artes, las letras y las ciencias.

Cúpula de la Catedral de Santa María del Fiore, Florencia



Foto: Rodrigo Moreno

Ahora bien, jugaba a favor de la ciudad su estratégico emplazamiento, junto al río Arno, curso fluvial nacido en los Apeninos, que conectaba Florencia con el puerto de Pisa. Es decir, una ubicación tierra adentro que de todas formas tenía conectividad con el Mediterráneo, aquel mar en cuya presencia era fundamental estar si se pretendía pertenecer al

mundo de los negocios y el comercio. De hecho, eso explica, entre otras razones, que Pisa haya sido incorporada a los dominios e influencias de los florentinos a comienzos del siglo XV y que se mantuviera así, salvo un breve intervalo, por los siglos siguientes.

Florenia y el Arno



Foto: Rodrigo Moreno

También, el hecho de que Florenia haya sido fundada en la antigua vía Cassia romana, la cual conectaba Roma con Arretium, y que de ahí continuara ruta hacia la Galia, hizo que el emplazamiento de la ciudad continuase siendo estratégico en la baja Edad Media, en donde se vivieron tiempos de reactivación de la conectividad europea, y un auge en la economía de intercambio. Justamente hacia el referido siglo XV, este proceso permitió que la ciudad del Arno estuviera llamada a convertirse en una potencia regional y, por lo tanto, en generadora de cambios.

Sin embargo, como bien señala Fernández-Armesto, aunque hacia 1450 la ciudad estaba viviendo el final de su época más gloriosa, el resto del siglo sus habitantes no perdieron su capacidad creadora y, así, el sello de excelencia en el conocimiento se mantuvo por largo tiempo. De ahí se explica que grandes figuras como Ghirlandaio, Boticelli, da Vinci y Miguel Ángel extendieran las glorias de la ciudad hasta el siglo siguiente. Precisamente en este entorno de la segunda mitad del siglo XV, es en la que debemos situar a la familia Vespucio, y tras ello, a su principal exponente del clan, Américo.

El clan de los Vespucio, en su origen, provenía de un pueblo muy cercano a Florencia, Peretola, donde estuvieron establecidos ahí hasta el siglo XIII, y posiblemente su principal actividad habría sido en el mundo agrícola. No tenían fortuna y, más bien, pertenecían a un clan de campesinos, de los cuales algunos se trasladaron a la ciudad a comienzos de los años 1300.

Por lo mismo, tampoco hay que imaginarlos viviendo en los principales barrios de la ciudad, sino que, años más tarde, aparecen arraigados a “Ognissanti”, el barrio de Todos los Santos, camino a la Puerta del Prato, acceso por donde ingresaban los productos agrícolas y ganaderos, tema no menor si consideramos que la industria de la lana y la peletería era una de las más importantes de Florencia. De hecho, en Ognissanti se emplazaba una activa industria de la lana y el cuero, la que aprovechaba su posición estratégica y su cercanía al río, aspecto muy positivo, a excepción de los tiempos de peste o de las grandes crecidas.

Dentro de la familia Vespucio, hubo grandes figuras y otras que no superaron la línea de la pobreza y el abandono. Si bien con el tiempo se extendieron a lo largo de la ciudad y otros permanecieron en Peretola, algunos llegaron a ser reconocidos y terminaron dando prestigio al clan. Por ejemplo, a principios del siglo XV, la familia ya tenía escudo de armas en su forma definitiva, el que incluía las avispas doradas y una flor, esta última autorizada por el rey de Sicilia, Alfonso de Aragón,

amigo de uno de los Vespucio famosos, Giovanni. Este personaje llegó a ser prior de la Signoría (el órgano de gobierno de la ciudad) y comisario de la guerra contra la República de Lucca, la gran ciudad rival en la Toscana. Y en 1444, fue nombrado Conservador de las Leyes de la ciudad, cargo en que cayó en desgracia, puesto que algunas de sus disposiciones perjudicaron a Cosme “El Viejo”. Sin embargo, tras un breve destierro, pudo regresar a su ciudad.

Detalle del Escudo familiar de los Vespucio



Además de Giovanni, hubo otros miembros de la familia que contribuyeron en dar a conocer el clan. Entre ellos, Piero, destacado comerciante en Flandes que —como recuerda Arciniegas— llegó a ser cónsul del Mar e inspector del puerto de Pisa. También Bernardo Vespucio, amigo de Pier Francesco de Médici, que llegó a ser capitán de Livorno y comisario en Pisa en la década de 1470. Más atrás en el tiempo, también figura Simone di Piero Vespucio, quien, a mediados del siglo XIV, aparece como el benefactor que posibilitó la construcción del Hospital de San Juan de Dios, en el referido barrio de Ognissanti. Precisamente de esta rama familiar, es la que proviene la línea de Américo.

Parroquia de Ognissanti, Florencia*Foto: Rodrigo Moreno*

Con respecto a las residencias que habitaron los Vespuccio en Florencia, y específicamente en Ognissanti, hay claridad de que la familia a la que perteneció Amerigo vivía en casa arrendada, por lo que se puede uno imaginar que la posición socioeconómica distaba de alcanzar un lugar

privilegiado. Se sabe que era gente de trabajo, con algunos que les fue mejor que a otros, todos los cuales vivían en la misma calle donde se emplaza hasta hoy la parroquia que da el nombre al barrio, el que, para entonces, era un espacio más bien modesto, lejos del esplendor del centro.

En suma, los Vespucio formaban un clan cuyos miembros, tras la migración de Peretola a Florencia, habían corrido distinta suerte. Como señalamos, algunos pudieron alcanzar papeles más bien protagonicos en la ciudad gobernada por los Médici, y otros —sin duda la mayoría—, pudieron subsistir tanto en sectores medios como también entre los que la fortuna nunca les sonrió. Pero como siempre suele ocurrir en las historias familiares con espíritu emprendedor, los exitosos terminaron prestigiando a tal punto el nombre del clan que, en la segunda mitad del siglo XV, es decir para cuando Américo creció en la ciudad del Arno, los Vespucio ya habían alcanzado algo de reconocimiento. Incluso, como dice Fernández-Armesto, se habían convertido en una familia con “conexiones vitales”, aspecto en que nos detendremos más adelante.

En el caso del núcleo íntimo de Américo, éste era hijo de Nastagio Vespucio, un notario de profesión que ejercía solo en el círculo de los curtidores de su entorno, aspecto que explicaría el por qué no tenía una buena posición socioeconómica en tiempos en que nace nuestro protagonista. Sin embargo, este escenario cambió radicalmente, cuando en 1470 fue nombrado notario de la Signoría, el órgano de gobierno de la ciudad, ante lo cual, como señala la historiadora Consuelo Varela, le permitió adquirir varias propiedades, tanto en Florencia como fuera de ella, y alcanzar una posición de mayor privilegio.

De igual forma, coincidiendo con el cambio económico de dicha década, los Vespucio contrataron al pintor Domenico Ghirlandaio, quien llegaría a ser más tarde una de las figuras del “Renacimiento”, para que decorara una capilla lateral de la parroquia de Ognissanti, la cual había sido mandada a construir en recuerdo del abuelo de Américo, del mismo hombre, quien había fallecido en 1468 dejando un generoso estipendio a la parroquia.

Pintura de la familia Vespuccio realizada por Ghirlandaio, Parroquia de Ognissanti



Foto: Rodrigo Moreno

Precisamente en dicha pintura de Ghirlandaio, se ha especulado durante años la posibilidad que uno de quienes aparecen representados sea Américo, duda que se torna casi imposible de dilucidar porque no se dejó testimonio de quiénes componían el clan de los Vespucio, de los que aparecen en la bella escena, protegidos bajo el manto de la Virgen.

Si creyéramos en la tradición, Amerigo sería el joven adolescente que se encuentra a la derecha de la Virgen, junto al patriarca de la familia. Sin embargo, la duda persiste y lamentablemente ello trae como consecuencia que no se conozca, a la fecha, ninguna imagen o representación de él que haya sido pintada en vida, aunque algunos sostienen que Sandro Botticelli, famoso artista, vecino en Ognissanti y cercano a la familia, lo habría retratado en algún momento; pero tampoco existe hoy aquella supuesta obra.

En cuanto a su madre, madonna Lisa de Andrea Mini, no existen mayores antecedentes, aunque se sabe que tenía un carácter muy fuerte y que llegó a tener conflictos con sus hijos, salvo con el primogénito Antonio, quien habría acaparado la atención y afecto de su madre en desmedro de sus hermanos, tal como ellos lo manifestarán posteriormente en correspondencia que aún se conserva. En cuanto a sus hermanos, Américo nació en el seno de una familia de cinco hermanos, donde el mayor, el referido Antonio, siguió la profesión de su padre, llegando a trabajar también en la Signoría y siendo cercano a Lorenzo de Pier Francesco de Médici. Luego vino Girolamo, que abrazó la vida religiosa haciéndose primero monje en la isla de Rodas y luego dominico en el convento de San Marco en Florencia. Después vino nuestro Américo, nacido en 1454, y más tarde le siguió Bernardo, quien no tuvo una actividad definida, con muchos traslados, incluyendo una estancia en Hungría, altibajos económicos, pero que al final, en la adultez, pudo estabilizarse en la propia ciudad de Florencia. Y finalmente llegó Agnoletta, la única hermana que lamentablemente murió siendo aún una niña.

Al grupo familiar hay que agregar un importante antecedente. Nastagio tenía hermanos y primos influyentes, los cuales eran personajes importantes en el contexto de la época, y siendo que dos de ellos en particular serían relevantes en la formación de Américo. Nos referimos al

fraile Giorgio Antonio Vespucio, religioso dominico del convento de San Marco de Florencia y Guido Antonio Vespucio, diplomático al servicio de Lorenzo “El Magnífico”. Ambos serán parte sustancial de la etapa formativa de Américo y permitirán explicar cómo una persona que no tuvo estudios universitarios, terminó su vida trabajando en el ámbito de las ciencias, llegando a convertirse en uno de los protagonistas de la historia de los descubrimientos geográficos.

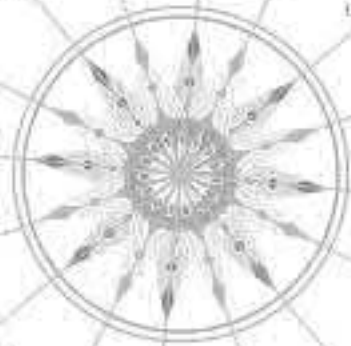
Grabado de Américo Vespucio 1728



Fuente: Colección Carlos Becerri, Pamplona

AMÉRICO VESPICIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES



Capítulo
02

Américo

Educación global y entorno propicio

Tal como señalábamos en el capítulo anterior, a Américo le tocó vivir en los buenos años de la famosa República, es decir, justo bajo el liderazgo del gran Lorenzo el Magnífico. Cosme “El Viejo” había construido su grandeza, pero la ciudad continuó siendo, en la segunda mitad del siglo XV, un espacio de oportunidades y el epicentro de la cultura y de las artes. Al fin y al cabo, una Florencia que, tras siglos de trayectoria histórica, se había transformado en una potencia política y económica, con claras intenciones de buscar el dominio hegemónico en su región.

Florencia, Barrio de Ognissanti junto al río Arno



Foto: Rodrigo Moreno

El Puerto de Pisa en 1493 según Hartmann Schedel



Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California

Como Américo fue el tercer hijo de Nastagio y Lisa, no tuvo la oportunidad de ir a la Universidad. Este sitio estaba preparado para el primogénito y Antonio, su hermano, cumplió satisfactoriamente ese papel, formándose en la Universidad de Pisa. A propósito de aquello, podría resultar curioso que Florencia, pese a su importancia, no contara en aquella época con un centro de este tipo, como sí existían en otras ciudades itálicas del norte, partiendo por Bolonia, el “Alma Mater de las Universidades”. Una de las razones de ello es que en la próspera urbe del río Arno, se privilegió la formación en las Academias, que sí tenían gran prestigio, además de que no hay que olvidar que de todas formas, Pisa era una ciudad que dependía de la capital de la Toscana, por lo que los jóvenes florentinos podían formarse ahí con la seguridad de estar en un entorno protegido.

No obstante lo anterior, en cuanto a que Américo no recibió formación superior, ello no significó que no tuvo una buena educación desde niño. Aprendió a leer y a escribir, posiblemente asistiendo a escuelas de primeras letras de su barrio. Era común que los conventos, en especial los mendicantes, ofrecieran ese servicio en los barrios donde se emplazaban.

No sabemos en específico dónde estudió en su niñez, aunque sí en el camino a la adolescencia. El hermano de Nastagio, Giorgio Antonio, era fraile en el convento de San Marcos de la ciudad. Ocho años menor que el notario, este fraile dominico había adquirido fama de ser un humanista de fuste en la ciudad que era el corazón de este movimiento intelectual. De hecho, bastaría señalar que uno de sus compañeros de convento fue el famoso fraile Savonarola, notable y polémica figura del Renacimiento, lo cual permite imaginar el grado de influencia que tenían los dominicos en el ambiente intelectual de la ciudad.

Fray Guido Antonio dominaba las letras clásicas y las humanidades, siendo un gran admirador de Cicerón pero, al mismo tiempo, conocía muy bien las matemáticas, la astronomía y la geografía. De hecho, tal como señala Fernández-Armesto, en su biblioteca personal tenía valiosos ejemplares entre los que se contaba una versión manuscrita de la Geografía de Ptolomeo, aquella invaluable obra escrita en el siglo II de Nuestra Era en Alejandría, y que mucha influencia ejercía en los siglos XIV y XV. También tenía una edición impresa de la Geografía de Estrabón, escrita en el siglo I a.c. Pero junto a los clásicos que tanto influyeron en los matemáticos de su tiempo, por supuesto, también debió conocer los estudios de un contemporáneo suyo, el humanista y geógrafo florentino Paolo del Pozzo Toscanelli, cuyas ideas de una tierra presumiblemente más pequeña en el perímetro de la circunferencia de la tierra, ejercieron gran influencia en Cristóbal Colón.



Mapa de Ptolomeo en versión de Hartmann Schedel, 1493



Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California

Así, un cultor de la Artes Liberales de la talla de Giorgio Antonio, no podía pasar desapercibido en su entorno y, por ello, no extraña saber que fue tutor de Lorenzo Pier Francesco de Médici, el primo de “El Magnífico”, y que años más tarde fue empleador y cercano a Américo. Pero así como estuvo a cargo de la formación de un Médici, también tuvo otros discípulos, entre los que se cuentan Antonio de Jacopo Lanfredini, quien —como señala Arciniegas— llegó a ser director del Estudio de Florencia, y Piero Soderini, quien llegara a ser un protagonista relevante de la historia del descubrimiento intelectual de Américo.

Y para suerte de la familia Vespucio, Giorgio Antonio pertenecía al clan familiar, así que con mucho gusto accedió a hacerse cargo de la educación de Américo, aunque posiblemente también ayudó a la formación de su otro sobrino, Girolamo, aquél que terminó siendo monje en Rodas y luego mendicante en Florencia. De hecho, en una carta que Girolamo le escribe a Américo le decía con tono de gratitud y afecto: “encomiéndame a nuestro padre Messer Giorgio Antonio, y dale mil veces más recuerdos de lo que él me ha enviado”. Sin embargo, pareciera que Américo fue el sobrino predilecto, en quien centró su preocupación de formarle para los tiempos en que las humanidades y las ciencias serían la llave maestra del éxito.

De hecho, el referido Ghirlandaio, cuando pintó el altar familiar en la parroquia de Ognissanti, más abajo de la representación de la Virgen de la Misericordia que con su manto protege al clan, hay una imagen de un fraile, junto con un joven que le acompaña, y hay quienes afirman que ahí está Guido Antonio con su querido sobrino, hipótesis imposible de probar, aunque dicho análisis no deja de ser sugerente.

Era tal la relación de afecto que, durante años, en la correspondencia que recibió Américo, con frecuencia las personas aprovechaban de enviar saludos y recuerdos al sabio fraile asumiendo que la vía más directa para llegar al dominico era a través de su discípulo. Y él mismo, en más de una ocasión en la adultez, valoró la formación recibida,

lamentando no haber aprovechado de mejor manera los años de adolescencia en que tuvo el privilegio de ser su alumno. En carta a Soderini, citada por Arciniegas, Américo recordaba con nostalgia: “Recuerdo cómo en el tiempo de nuestra juventud, íbamos a oír los principios de gramática bajo el buen ejemplo y doctrina del venerable religioso fraile de San Marcos, fray Giorgio Antonio Vespucio, cuyos consejos y doctrina hubiera querido Dios que yo siguiese, pues como dice Petrarca, sería otro hombre del que soy”.

*Detalle de la pintura de Ghirlandaio.
Fray Giorgio Antonio Vespucio y posiblemente
Américo a la izquierda de la imagen*



Foto: Rodrigo Moreno

En resumen, la influencia del maestro fue determinante, y así lo reconocía Américo: “Vos me guiasteis y enseñasteis, como un buen y sabio preceptor y, por tanto, siempre os obedeceré, honraré y tendré en mayor estima que a ningún otro maestro”.

Pero si está clara su formación en Artes Liberales, también hay coincidencia de que Américo nunca fue un gran alumno y, por lo tanto, no estuvo a la altura intelectual de Giorgio Antonio. Es decir, no llegó a ser un destacado latinista, y como bien observan sus biógrafos, en algunos de sus escritos confundía autores clásicos que sin duda había estudiado con su maestro, pero citaba a autores toscanos en sus escritos, lo cual indica que las enseñanzas “locales” recibidas sí dejaron huella.

Lo que sí parece más claro es que le interesó más el mundo de las matemáticas y de las ciencias que el de las letras, y eso se deduce de las actividades profesionales que desarrolló, primero en el comercio y en los negocios, y luego en la cartografía y en el arte de navegar al final de su vida. También su tío le abrió los ojos al mundo de los viajeros, y no solo con lecturas, sino con travesías, las que si bien no fueron importantes, lo serían en el plano formativo. De hecho, una vez viajaron juntos de ida y vuelta a Roma, conociendo ciudades y castillos, y de seguro su tío habrá tenido buenas historias que contar. Incluso, durante los tiempos de la peste que azotó a Florencia, específicamente en 1474, gracias a la buena voluntad de Lorenzo di Pierfrancesco de Médici, tuvieron una estancia en la villa de Mugello, donde continuaron las lecciones de latín.

A propósito de dichas oleadas pestilentes, que tanta mortandad producían, en ese tiempo falleció su prima política, Simonetta Vespucio, una de las mujeres más bellas de Florencia y quien fuera la musa inspiradora de Sandro Boticelli y a cuyo cortejo funerario habrían asistido figuras como el mismísimo Leonardo da Vinci. Esto explica el riesgo de vivir “intramuros” en tiempos de peste, por lo que Lorenzo facilitó a su maestro un espacio donde se pudiese continuar con las tertulias y garantizar la supervivencia del valioso maestro.

Terminada la etapa formativa de Américo, éste continuó en contacto con Giorgio Antonio, y lo que es más importante, mantuvo un vivo interés por algunos temas que había aprendido con él, por ejemplo, las enseñanzas del cosmógrafo Paolo del Pozzo Toscanelli. Por ello, el círculo que se formó al alero del maestro dominico siguió en contacto en los años posteriores, tema vital para comprender cómo décadas más tarde las primeras noticias de Vespucio acerca del Nuevo Mundo llegaron precisamente a ese entorno humanista florentino.

Un gran complemento a la formación en las Artes Liberales que recibió nuestro personaje, fue la que pudo experimentar cuando él, a los 24 años de edad, pudo acompañar a su tío Guido Antonio Vespucio cuando éste fue enviado por Lorenzo el Magnífico para realizar importantes gestiones diplomáticas en Francia.

Guido Antonio era otro ilustre de la familia, primo de Nastagio pero muy cercano a la familia, por lo que consideraba a Américo su sobrino directo. Era un jurisconsulto destacado en Florencia, con un buen patrimonio económico personal, que llegó a ser prior de la Signoría, al mismo tiempo que llegó a ser un hombre de confianza de Lorenzo de Médici, principal figura política y económica de Florencia, llegando a ser su embajador en Roma, en tiempos en que las relaciones con el Papado no eran las mejores para la capital de la Toscana.

Precisamente en ese contexto, en el que Lorenzo intensificó los contactos con Francia y, en particular con el rey Luis XI, para buscar alianzas que beneficiaran a Florencia, se requirió una nueva embajada que estuvo a cargo del diplomático Donato Acciaiuoli. Sin embargo, mientras el diplomático se encontraba camino a su nuevo destino, falleció inesperadamente en Milán. Por lo anterior, en su reemplazo asumió Guido Antonio Vespucio, quien eligió a su sobrino Américo como su secretario personal para que le acompañase como hombre de confianza.

Es decir, el alumno de Giorgio Antonio pasaba ahora a estar bajo la protección de su otro tío, pero con la garantía de que la formación recibida en San Marcos sería de gran utilidad, en especial a la hora de colaborar en la redacción de cartas y otros quehaceres que implicaba el oficio al que fue destinado.

La misión tuvo lugar en 1479 y significó para Américo la primera salida fuera de la península Itálica, que debió ser una gran experiencia para el joven Vespucio. Antes de llegar a la capital del reino, hubo de pasar por Bolonia y Milán, parte de la estrategia diplomática de Florencia, que vivía momentos complejos en el escenario internacional, ad portas de una posible guerra con los Estados Pontificios y sus aliados.

Lamentablemente, hay escasos vestigios documentales sobre los pormenores de esta misión, y menos aún del papel de Américo en esta. Posiblemente su principal actividad fue la de servir de redactor de la correspondencia que el embajador enviaba a Florencia y, con toda probabilidad, servir de compañía en las reuniones sociales. Frente a este último punto, se ha señalado que en Francia habría conocido a personas vinculadas al mundo del comercio, en particular florentinos, aspecto que no debería extrañar si consideramos que la embajada de Guido Antonio no solo apuntaba a fortalecer las relaciones y alianzas con el monarca francés, sino también —como señala Consuelo Varela— a solucionar los problemas de sus compatriotas, en su mayoría comerciantes y mercaderes que operaban en diversas ciudades del reino del norte. De hecho, el banco de los Médici operaba activamente en la ciudad de Lyon, y hay que suponer que el embajador y Américo tuvieron actividad ahí.

Sin embargo, y como bien señala Fernández-Armesto, no fue mucha la huella que quedó de este viaje y, de hecho, la gestión diplomática de Guido Antonio no tuvo los frutos esperados, puesto que no se llegó a concretar la alianza que pretendía Lorenzo el Magnífico. Aún así, la experiencia internacional que ganó Américo fue invaluable, aunque fue la primera y última vez que participó en este tipo de actividad.



La Península Itálica en el siglo XVI de Sebastián Münster



Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California

Pero todo parece indicar que Américo no estaba hecho para la vida diplomática, por lo que la colaboración con su tío hay que considerarla como parte de su proceso formativo, no en el plano teórico como lo había aprendido con fray Giorgio Antonio, sino en la experiencia práctica de las relaciones internacionales, al descubrir el mundo de los negocios y desarrollar habilidades —como la empatía— que le serían muy útiles para cuando ingresase al mundo laboral tanto en Florencia, como luego lo haría en España y Portugal.

Imagen de París en tiempos en que la visitó Américo



Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California

Ahora bien, ¿qué le habrá enseñado su tío Guido Antonio en particular? No lo sabemos, pero siendo éste un diplomático experimentado y que tras su misión en Francia tuvo una exitosa trayectoria al servicio de Florencia, podemos imaginar que, para Américo, el estar a sus órdenes en un plano de alta confianza, con los largos viajes, y con contacto con innumerables personas, debió de haber sido una buena escuela para la vida, con extensas conversaciones y sabios consejos.

En el verano de 1480, Américo Vespucio regresó a Florencia, terminando así su “vida diplomática”. Como señalamos, no volvió a servir en dicha función, y desde entonces comenzó la tarea de insertarse en el mundo laboral, para lo cual los contactos familiares permitieron que pasase a servir a Lorenzo di Pierfrancesco de Médici, conocido como Il Popolano, primo de Lorenzo el Magnífico, y como lo adelantáramos antes, otro discípulo de fray Giorgio Antonio Vespucio.

En realidad, el trabajo al que tuvo acceso era de poca importancia, pues ocupó el cargo de intendente de la casa del referido Médici, algo así como un mayordomo, en una familia que de alguna forma estaba emparentada con él, porque en 1482 Lorenzo se casó con Semirámide de Apianno, hija de Simonetta Vespucio, su recordada prima política, quien si bien había fallecido hacía varios años, aún seguía siendo la inspiración de los artistas florentinos.

Aquel mismo año, también fallecía su padre Nastagio, quien en el testamento legó a Américo la responsabilidad de hacerse cargo de las cobranzas que quedarían pendientes a favor de la familia, así como los asuntos económicos generales, tema que al parecer no pasaba por un buen momento. ¿Por qué no delegó éstos en Antonio, el hijo notario? Todo parece indicar que como aquél ya era un profesional que estaba inserto en el mundo laboral, el hombre indicado era Américo, quien ya estaba bien preparado para asumir responsabilidades, gracias al apoyo formativo de sus dos tíos.

Así, Américo tomó la responsabilidad de ponerse a la cabeza de la familia, y al mismo tiempo de servir a los Médici de la mejor forma, puesto que ahí se podría construir un futuro estable y con proyecciones. Sin embargo, en esta etapa hay una situación que quedó en las penumbras de la historia. Al parecer, también estuvo al servicio de Lorenzo el Magnífico, pero por alguna razón que desconocemos, la relación se quebró a tal punto que coincide este episodio con el distanciamiento que tuvo la familia Vespucio con el gran líder de Florencia. Pero gracias a que la relación del Magnífico con su primo Lorenzo di Pierfrancesco no era buena, posibilitó que Américo pudiese continuar ligado al clan Médici, aunque en la rama menos poderosa.

Sabemos que sus servicios con dicha familia no fueron de importancia en los primeros años, pero que fueron creciendo con el tiempo. Posiblemente, lo que hizo Américo fue ganar la confianza de su empleador, a tal punto que hacia finales de la década de 1480, Lorenzo di Pierfrancesco y Américo consolidaron una relación de amistad, o al menos de mayor cercanía, como para delegar mayores responsabilidades, las que iban más allá de proveer todo lo necesario para la casa, como también en actividades de compra-venta y cobranzas.

Américo también tenía actividades privadas que nos muestran la otra cara del personaje, más mundano y muy sumergido en la vorágine de una ciudad que ofrecía múltiples oportunidades y diversiones. Se sabe que realizaba negocios de poca monta, incluyendo operaciones en que actuaba como comisionista, actividad que algunos biógrafos como Fernández-Armesto asocian con posibles malas prácticas en las cuales pudo haber caído nuestro personaje en estudio. De esto no hay certeza alguna pero es verdad que desarrolló una capacidad para hacer negocios de todo tipo y convertirse en una persona creíble, incluso en círculos sociales que no lo prestigiarían.

También era amante de la vida nocturna, con visitas a burdeles y relaciones esporádicas, sin ninguna posibilidad de llegar a formar una familia, tal como lo había deseado su padre. Para entonces, ya superaba

los 30 años de edad, y siendo un hombre maduro, Américo era amante de la libertad y del buen vivir, aunque con muchos objetivos pendientes como, por ejemplo, consolidarse económicamente, aspecto que se vislumbraría a fines de la década de 1480. Pero en esta etapa de la vida, en donde es responsable de velar por el legado de su padre, y de administrar buenamente la casa de Lorenzo di Pierfrancesco, Américo fue también padre de una niña, de la que no tenemos mayores noticias, salvo que habría nacido de la relación con una mujer, posiblemente llamada Lessandra, con quien no tuvo contacto posteriormente. ¿De dónde era? ¿Por qué no asumió la paternidad? No lo sabemos aunque nos podemos imaginar que aquella mujer perteneció al entorno nocturno que él frecuentaba.

Así, la vida de Américo quedaría encaminada a fines de la década de 1480 en una Florencia aún pujante, llena de vida, abierta a las bondades del comercio, los negocios, las letras, el arte, y por supuesto, a la diversión.

Con una posición estable pero todavía expectante, buscaría una buena oportunidad de emprender, pero mientras tanto, y como ya vimos, claramente Américo no perdió el tiempo, ejerciendo la actividad que más le atraía: el comercio y los negocios. No obstante, también seguían vivas las enseñanzas de su buen tío Giorgio Antonio, que se manifestaban no solo en el interés en las matemáticas muy útiles en sus actividades mercantiles, sino en un bagaje cultural que estaba por sobre la media, y que le convertían en una persona sumamente atractiva, aspecto que serviría mucho en su vida comercial.

Además, al alero de Lorenzo di Pierfrancesco, asistía a activas tertulias humanistas en las que se discutía acerca de geografía y descubrimientos, profundizando en figuras tan relevantes como Paolo dal Pozzo Toscanelli, quien si bien había fallecido en 1482, seguía influyendo con sus mapas y escritos en la sociedad florentina.

La península ibérica en el siglo XVI de Lorenz Fries, 1525



Fuente: Cortesía de Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California

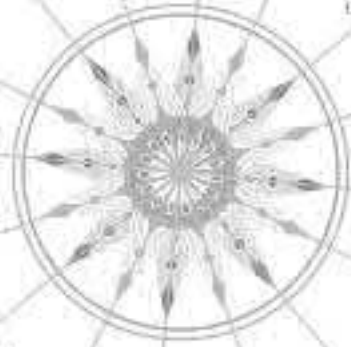


Estas tertulias, que congregaban a otras figuras del quehacer cultural e intelectual de Florencia, fueron vitales para Américo, pues le permitieron conservar el punto de equilibrio mental, tan importante a la hora de enfrentar intelectualmente el mundo nuevo que algún día se presentaría ante sus ojos.

En este escenario de oportunidades diversas, llegó el día en que a Américo se le ofreció un desafío que no dejaría escapar. Su protector requería que una persona de confianza partiera a otro epicentro del mundo europeo, Sevilla, para representar de buena forma los intereses económicos que la familia tenía en dicha ciudad. Américo fue el escogido y no dudó en aprovechar una oportunidad de oro, que cambiaría su vida para siempre.

AMÉRICO VESPICIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES



Capítulo
03

Vespucio en Sevilla

Explorando nuevas oportunidades



Sevilla siempre fue una ciudad importante. Lo había sido en tiempos romanos como Hispalis, vecina de la famosa Itálica, patria de emperadores. Luego lo fue en tiempos del Al Andalus, cuando pasó a llamarse Isbilya, albergando en el siglo XII a una de las máximas expresiones de la arquitectura almohade, la célebre Giralda, originalmente construida como alminar o minarete de la gran mezquita. Tras la reconquista cristiana de 1248, ya con su nombre actual, la ciudad adquirió un importante protagonismo político y económico, siendo una de las sedes de la Corona de Castilla, con su imponente complejo de Reales Alcázares, que hacia finales del siglo XV ya estaba cercano a su forma actual.

Sevilla en el siglo XVI por Georg Braun & Franz Hogenberg, 1588



Colección privada

Pero, además, en un largo proceso, Sevilla se comenzó a transformar en una ciudad puerto, que como muchas otras en Europa, de características fluviales, tenía salida, al océano Atlántico, el que a su vez conectaba con las diversas rutas comerciales del Mediterráneo, con las islas Canarias, definitivamente hispanas desde 1479, y con los puertos del Mar del Norte. El gran río Guadalquivir, antiguamente conocido como Betis, se fue transformando, entonces, en la conexión estratégica que posicionó a la ciudad en una de las más importantes del continente a finales del siglo XV, con cerca de 45,000 habitantes, número significativo para una urbe de fines de la Edad Media y de comienzos del Mundo Moderno.

Sevilla era entonces una ciudad próspera, que representaba muy bien el crecimiento económico y demográfico que había experimentado el Reino de Castilla y que, al mismo tiempo, se había posicionado como cabecera para la gran expansión del sur, que incluía la conquista del Reino de Granada y las primeras incursiones en el Atlántico, necesarias para disputar un dominio marítimo del que los lusitanos llevaban gran ventaja.

En ese escenario de prosperidad, o al menos de altas expectativas, aquellos que formaban parte del mundo del comercio y los negocios, tanto en la península ibérica como fuera de ella, percibieron que había que posicionarse ahí si se quería formar parte de nuevos emprendimientos y oportunidades. Por ello, no puede sorprender que la familia Médici también tuviera intereses mercantiles ahí.

Cabe hacer notar que para los tiempos de la llegada de Vespucio a Sevilla, a principios de 1492, todavía no se concretaba la gran empresa de descubrimiento liderada por Cristóbal Colón, por lo que el empuje de la ciudad no solo se debe asociar a la fuerza que cobrarán los grandes viajes de exploración que realizará después el genovés, sino que el propio emplazamiento de la ciudad y su tamaño, —para entonces la más grande de la península ibérica, así como su condición de nodo comercial—, incentivaron a que grandes familias florentinas, como la de Lorenzo di Pierfrancesco, instalaran ahí una representación



que velara por sus intereses y buscara oportunidades de negocio. Tras la proeza del viaje de Colón, el buen olfato comercial de quienes se instalaron antes dio muchos frutos, porque las posibilidades de hacer negocio aumentaron exponencialmente.

En cuanto a la gestación del viaje de Américo a Sevilla, tal como lo recuerda Consuelo Varela, todo se inició en 1489, cuando el representante de Lorenzo de Pierfrancesco en la península ibérica, Donato Nicolini, arribó a Florencia para informar de las actividades económicas y el comportamiento de las representaciones que tenían en las ciudades más importantes de Castilla y Aragón, así como también en Portugal. Donato, junto a su hermano Simón, fiscalizaban que todo estuviese en regla con las cuentas anuales que los “factores” o recaudadores reportaban en cada ciudad. Y para entonces, lo que informó Nicolini fue que Tomasso Caponi, el “factor” de la familia en Sevilla, no estaba entregando cuentas claras y había una disconformidad con su gestión.

Como resultado de dicho informe, Lorenzo decidió quitarle la representación y buscar una nueva persona de confianza que dirigiese con mayor fidelidad y honradez los negocios de la familia, puesto que Sevilla era un entorno mercantil muy competitivo, donde la comunidad de comerciantes extranjeros más importante no eran los florentinos sino los genoveses, históricos dominadores del mercado del Mediterráneo occidental.

Por la razón anterior, es que Lorenzo di Pierfrancesco le pidió a Américo que viajara a Sevilla para liquidar la compañía de Caponi y encomendar la sucesión a otra persona de confianza, siendo el candidato Juanoto Berardi, comerciante afincado en la ciudad desde hacía varios años, y que estaba muy bien recomendado por Nicolini. Precisamente, la responsabilidad que se depositaba en Américo por parte de los Médici, era corroborar los buenos pergaminos que podría tener Berardi para representar los intereses de la familia y poner en orden la estratégica posición comercial en la ciudad del Guadalquivir.

El arribo de Vespucio a Sevilla se produjo recién a comienzos de 1492, es decir, más de dos años y medio después del reporte de Nicolini. Para

entonces, este último había estado administrando de manera interina los negocios, hasta que el hombre de confianza —Américo—, llegara a concretar los cambios definitivos.

Solo para poner en contexto, para ese entonces Colón estaba en las negociaciones finales, previas a la firma de las Capitulaciones de Santa Fe, del famoso contrato entre los Reyes Católicos y el marino genovés, suscrito el 17 de abril de 1492, y cuyo resultado concreto fue el zarpe desde el Puerto de Palos el 3 de agosto de ese mismo año. Es decir, la llegada de Vespucio antecedió pero coincidía con el año en que se producirían eventos significativos en la historia hispana como lo fue el primer viaje de descubrimiento por la ruta del Atlántico hacia Occidente, y que tantos réditos traería a la corona castellana, como también a los comerciantes afincados en la península ibérica.

En ese mismo año del arribo de Vespucio, dos episodios marcarían el quehacer político y económico de Castilla y Aragón. Por un lado, la conquista definitiva del Reino de Granada, acaecida el 2 de enero de ese año, permitía sumar un importante territorio estratégico, finalizando al mismo tiempo el proceso de reconquista cristiana. Por otro, la expulsión de los judíos, firmada por los Reyes Católicos el 31 de marzo de 1492, que tuvo un enorme impacto en los reinos hispanos, tanto en el drama humano de quienes se vieron obligados de abandonar su patria, como también en la economía y el comercio de la península.

Como podemos ver, 1492 fue un año intenso en España, pero también lo fue para Américo, quien arribado a Sevilla, constató en persona la idoneidad de Berardi para hacerse cargo de los negocios de Lorenzo di Pierfrancesco. De hecho, como bien señala Consuelo Varela, ya aparecen firmando juntos un documento el 10 de marzo de 1492, cuando certifican, notarialmente, junto a Donato Nicolini y a un criado de Juanoto, la validez de un poder realizado por otro comerciante florentino. Lo anterior, vendría a confirmar que al poco tiempo de arribar a la ciudad hispalense, se ratificó a Juanoto Berardi como nuevo representante de los Médici, nombramiento que debió tener impacto en el entorno comercial ya que él era un tipo conocido, con larga experiencia en el comercio tanto en España como en Portugal, en especial en el tráfico de productos entre Lisboa y Sevilla, así como

en el triste negocio de la trata de esclavos. En realidad, su ascenso lo había logrado siendo corresponsal de otros comerciantes toscanos, como Bartolomé Marchioni, y también realizando emprendimientos en negocios particulares, lo que lo había llevado a amasar una buena fortuna hacia 1492.

Vespucio, tras finiquitar la empresa de Caponi y cumplir las instrucciones de su mandante, permaneció en Sevilla acompañando a Berardi, familiarizándose con los negocios y comercio que ahí se realizaba y visualizando el mundo de oportunidades que se abrían para los Médici, y para él mismo.

De hecho, ese mismo año fue testigo de la participación de Juanoto Berardi, junto con su socio genovés Francisco de Riberol, como financistas de la expedición de Alonso Fernández de Lugo, que inició la conquista de la isla de Palma en Canarias, a fines de septiembre de 1492. Y fue también el propio Berardi quien financió la parte que le correspondía poner a Cristóbal Colón, de acuerdo con las referidas Capitulaciones de Santa Fe, en su primer viaje de descubrimiento. Y, más aún, a fines de marzo del año siguiente, representando a Berardi, presenció el arribo de Cristóbal Colón a Barcelona, quien allí relató las hazañas de su primer viaje atlántico, escena de la cual Américo fue testigo directo.

Al parecer fue en dicho episodio de Barcelona, donde Américo tuvo la oportunidad de hablar por primera vez con Colón, siendo el punto de partida de una activa relación comercial, de confianza y amistad, la que se extendería en los años siguientes. Más aún, porque Américo, en vez de regresar a Florencia tras cumplir su misión encomendada y —al menos en teoría— continuar con sus servicios a Lorenzo di Pierfrancesco, optó por permanecer en la representación de la familia en Sevilla y quedar bajo el liderazgo del referido Berardi, con quien Américo también construyó importantes redes de confianza.

Pero también hay que recordar un episodio que explicaría el por qué Américo ya no regresaría a su natal Florencia. Aquel año de 1492 moría Lorenzo El Magnífico, y desde entonces, los Médici sufrirían un golpe

político que los llevaría al exilio, entre ellos al patrón de Américo, Lorenzo di Pierfrancesco. Y por razones obvias, no solo se “cortaron los puentes” entre el empleador y su representante, sino que, además, las posibilidades de continuar esta relación se tornaron muy difíciles. De ahí es que parece razonable entender el por qué Américo se quedó en Sevilla y se puso a las órdenes de Berardi, quien desde 1493 ya no trabajaría para los Médici, sino que consolidaría su propia empresa, nombrando a Américo como su nuevo “factor”.

De todas formas, resulta razonable pensar que en un espíritu inquieto como el de Américo, Sevilla se mostrase demasiado atractiva como para abandonarla. Solo especulando, podríamos llegar a pensar que en la ciudad andaluza, las posibilidades para el florentino eran mucho más altas que si hubiese regresado a su ciudad, donde su posición no pasaba de ser un empleado de confianza de uno de los Médici, sin muchas perspectivas de desarrollo. En cambio, lo que vio en España fueron oportunidades de crecer, de ganar dinero, de adquirir una posición de mayor privilegio, y de participar en la vorágine de los viajes de descubrimientos.

Sevilla era en la práctica una “tierra de oportunidades”, y hasta se podría llegar a pensar que para un espíritu libre como el de Américo, la coyuntura de no poder volver a su patria fue en realidad una buena noticia que le dejaba en libertad de acción para buscar sus propios horizontes.

Prueba de todo lo anterior es que Américo, ya al servicio de Berardi y por ende, independiente de los Médici, tuvo entre sus primeras responsabilidades la de preparar los pertrechos y aprestos generales del segundo viaje de Cristóbal Colón, el que zarparía el 25 de septiembre de 1493 desde Cádiz rumbo a la isla La Española, el “Cipango” en la mente del navegante genovés.

Desde entonces, la relación comercial con Colón se intensificaría a tal punto que Berardi y Vespucio prepararon la expedición de Bartolomé, el hermano del Almirante, quien zarpó desde Sevilla rumbo a la Española en abril de 1494. Estos vínculos apuntaban a potenciar la sociedad entre la empresa de Berardi, gerenciada por Vespucio, y Cristóbal

Colón, quien desde La Española —actual República Dominicana—, enviaría productos y esclavos cuya comercialización estaría a cargo de los comerciantes florentinos.

Incluso, con la aprobación de la Corona, en abril de 1495 se logró el compromiso para que Berardi enviase tres expediciones de cuatro carabelas, cada una rumbo a la isla de La Española, con una ambiciosa planificación que involucraba zarpes en el mismo mes de abril, junio y septiembre de dicho año, todo con el fin de mantener abastecida la colonia que se estaba formando en el Caribe. Sin embargo, el proyecto no se concretó de la forma establecida, puesto que si ya era complejo el apresto de una expedición, el armar tres flotillas, y en tan corto tiempo, era casi imposible. Además, al parecer se habían presentado algunos problemas de financiamiento, en especial porque los montos que implicaban alistar las tres empresas sobrepasaban las capacidades inmediatas de Berardi, a quien no le había sido del todo rentable la primera empresa colombina, ya que se le adeudaba una suma importante de dinero.

Además, llegó lo inesperado. A la demora en el zarpe de la primera flota, se sumó una tragedia, puesto que Juanoto Berardi fallecía en Sevilla en diciembre de 1495, dejando trunco su gran proyecto de convertir a su empresa en el gran abastecedor de las actividades hispanas que se realizaban en el Atlántico.

Como albacea testamentario de la empresa quedó nada menos que Américo Vespucio, quien lo primero que realizó fue posibilitar el envío de la primera flota de las tres previstas, la que zarpó de Sevilla en enero de 1496 rumbo a Sanlúcar de Barrameda, para posteriormente continuar en febrero en dirección a La Española, es decir, con 10 meses de atraso con relación al plan original. Sin embargo, la fatalidad se ensañó con la empresa porque las cuatro naves naufragaron con enormes pérdidas que hubo que asumir.

Hay algunos que piensan que Vespucio mismo se había embarcado en dicha expedición y que lógicamente —por lo que vino a posteriori— había sobrevivido, pero no hay pruebas concretas de que ello pudo acaecer. En todo caso, de ser cierto esta teoría, debió haber sido su

primer embarque en una empresa atlántica, antesala de lo que después serían sus famosos viajes por la costa del Nuevo Mundo.

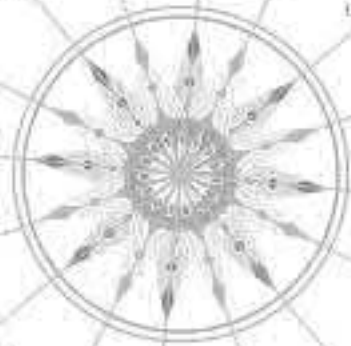
Tras la tragedia y la pérdida de la cabeza de la empresa, Américo, de acuerdo con su condición de albacea, se dedicó a cerrar las operaciones que Berardi dejó pendiente, recuperar lo que pudo y finiquitar la relación contractual con Cristóbal Colón, quien en junio de 1496 de aquel año ya estaba de regreso en Sevilla. Así, se cerraba no solo el importante capítulo de Juanoto Berardi, sino que para Vespucio se abría un nuevo horizonte que tendría dimensiones insospechadas, el de la navegación y los descubrimientos geográficos, tema que de seguro le apasionaba. Sin embargo, cabía también la posibilidad de regresar a Florencia, puesto que Lorenzo di Pierfrancesco había regresado de su exilio. Sin embargo, pese a mantener un buen contacto con su antiguo patrón, Vespucio ya había descubierto el fascinante mundo de los viajes, de aquellos que alguna vez había estudiado con fray Giorgio Antonio, pero con la diferencia que ahora los experimentaría pudiendo llegar a ser protagonista.

Así, Sevilla se convirtió en su domicilio definitivo y, desde ahí, iniciaría una nueva etapa en su vida, ahora como navegante. Pero ya no estaba solo. En el intertanto, había formado una familia, pues se casó con María Cerezo, una sevillana que al parecer era hija natural de un tal Gonzalo Fernández de Oviedo, que como bien señala Fernández-Armesto y, de ser cierto, sería nada menos que del “Gran Capitán” de Fernando de Aragón, el héroe de las guerras en el sur de la península itálica. Lamentablemente, casi no hay mayores antecedentes de ella, aunque sí sabemos que no tuvieron hijos y que formaron un hogar muy unido hasta el final de sus días. Lo que también está claro, es que María resultó ser un muy buen complemento de Américo, porque a raíz de los viajes y las largas ausencias de este, fue ella quien asumió constantemente la representación de sus intereses.

En definitiva, Américo, ahora sevillano por adopción, se aprestaba a asumir una nueva profesión para que la aparentemente no estaba preparado, pero cuyas acciones demostrarían que su formación versátil estaba hecha para grandes emprendimientos.

AMÉRICO VESPICIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES



Capítulo
04

Viajes

*Los viajes y las nuevas
fronteras mentales*

Cuando uno escucha el nombre de Américo Vespucio, piensa inmediatamente en un navegante, no solo porque este florentino llegó a ser el descubridor intelectual del Nuevo Mundo, sino porque la tradición posterior siempre lo ha representado como una figura marítima que surca los océanos del mismo modo como lo hizo Colón. Esto está confirmado a tal punto en el imaginario que, por ejemplo, el actual buque escuela de la marina militar italiana lleva precisamente el nombre de “Amerigo Vespucci”, en memoria de tan importante personaje.

Sin embargo, repitiendo la pregunta que se hacía hace años Germán Arciniegas, a partir de lo recorrido hasta ahora, ¿desde cuándo Américo, el mercader y comerciante, se transformó en un navegante? Claramente, ello ocurrió a través de un largo proceso, el cual se explica por las experiencias que el florentino fue adquiriendo en su vida, y a las inquietudes e inclinaciones vocacionales, o como pensaría Fernández-Armesto, al espíritu oportunista que siempre embargó a nuestro personaje de estudio. Es decir, el mar fue otra oportunidad más en la vida de Américo, pero con la diferencia de que sus intereses siempre habían estado inclinados en dicha dirección; al menos así se desprende de los tiempos en que estudiaba viajes y geografía con su tío Giorgio Antonio.

Lo cierto es que, efectivamente, tras el cierre de las operaciones mercantiles a raíz de la muerte de Juanoto Berardi, Américo decidió cambiar nuevamente el rumbo de su vida, y ahora incursionar en aquél mundo que había tenido la posibilidad de conocer solo por las lecciones o “de oídas”: el de los viajes, el de las aventuras, el de los descubrimientos. Sin embargo había un problema, puesto que no se llega a ser —de la noche a la mañana— un navegante, como él soñaba. Américo solo era “un navegante de conversación” como diría Arciniegas, y su conocimiento del “arte de marear” solo lo sustentaba en los contactos con los muchos marinos que conocía en los años en los que había sido proveedor de los mismos.

Era tan precario el conocimiento que tenía de la navegación que, de hecho, se cree que el único viaje que había realizado hasta la fecha fue desde Florencia a Sevilla, como un pasajero más. Aunque creyéramos en la hipótesis que había zarpado una vez rumbo a La Española en la fallida expedición de febrero de 1494, su experiencia concreta de la misma habría sido un naufragio junto a las costas hispanas. Sin embargo, lo más probable es que esa incursión nunca haya ocurrido y que solo haya permanecido como una más de las hipótesis e “historias” que se tejen en torno al florentino.

Ahora bien, está claro que Vespucio era un teórico que manejaba mucha información dentro del ámbito de las Artes Liberales, pero que observando sus intereses claramente le apasionaba el tema de los viajes, como si la herencia educativa recibida de sus tios siguiera viva. Si bien los negocios también formaban parte de su vocación, demostrando habilidades tanto en Florencia como en Sevilla, la ausencia de capital económico para salir de la posición de mercader, posiblemente le incentivaron a dejar de lado esta etapa de su vida e incursionar en las travesías atlánticas en las que soñaba participar. Por ejemplo, si Juanoto Berardi no hubiese fallecido, el plan de hacer tres viajes a La Española de acuerdo con el contrato suscrito con la Corona, hubiese permitido en algún momento participar a Américo de alguna de esas travesías. Es más, se hacía necesario que los intereses de Berardi también se resguardarían en La Española y, para ello, Américo hubiese sido el indicado. Pero todo ello quedó solamente en una idea que debió haberle hecho ilusión a nuestro personaje pero que finalmente no se concretó.

Como albacea del fallecido Berardi, y luego como independiente, comenzó a evaluar seriamente embarcarse en una travesía. Esperó hasta que la oportunidad finalmente llegó. Para entonces, tenía una edad madura para iniciar un nuevo desafío —47 años en 1499— aunque corría con cierta ventaja por la formación que tenía. Sabía matemáticas, geografía, cosmografía y manejaba las letras, tanto de autores clásicos como modernos, y pese a que, como señalamos

anteriormente, no había sido un gran alumno de su tío fray Giorgio Antonio, sus conocimientos estaban muy por sobre la media de su tiempo y, por ende, los aportes que podía realizar en una expedición eran significativos. Desde otra mirada, a cualquier expedición le hubiese sido atractivo tener como compañero de viaje a una persona como Vespucio y, como señalamos, esa oportunidad finalmente le llegó.

Así, pudo incorporarse a una expedición aunque no tenemos certeza de si aquello ocurrió en 1497 o en 1499, aunque lo más verosímil fue en este último año. Si creemos en una carta aparentemente escrita por Américo, se habría embarcado en mayo de 1497, en una flota organizada por el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, financiada por Fernando el Católico, quien para entonces había decidido tomar mayor iniciativa en el control de esta etapa de descubrimientos, los que aún no tenían resultados concretos en cuanto a confirmar que Colón había llegado efectivamente a Asia, en particular a Japón y China.

A esas alturas, ya comenzaban a gestarse las primeras tensiones entre Cristóbal Colón y la Corona, puesto que el primero seguía siendo partidario de continuar la política de establecer una factoría comercial con la autonomía que le brindaban las Capitulaciones de Santa Fe. En cambio, el rey en particular pensaba que había que acelerar el proceso de descubrimientos pero, al mismo tiempo, ordenar y fiscalizar mejor la colonia que se estaba formando en lo que hoy es la República Dominicana. De hecho, las primeras denuncias de mala administración y gobierno contra Colón habían comenzado a llegar a España, y no pasaría mucho tiempo antes para que se tomaran medidas contra él.

Paradójicamente, este supuesto viaje de Américo en mayo de 1497 correspondía a uno de los tres planificados por Berardi en el contrato de hacía dos años atrás, y del cual nuestro personaje estaría a cargo de su alistamiento. Sin embargo, ahora la expedición se haría a la vela bajo la dependencia directa del monarca y así lo refiere el mismo Vespucio, cuando detalla las razones por las cuales pudo embarcarse

en la flota que surcaría el Atlántico: “Esto se me ofreció en tiempo y lugar muy oportunos, pues el rey don Fernando de Castilla, teniendo que mandar cuatro naves a descubrir tierras nuevas hacia Occidente, fui elegido por Su Alteza para que fuese en esa flota para ayudar a descubrir. Partimos de Cádiz el 10 de mayo de 1497”.

Lamentablemente, esta carta, la única prueba hasta la fecha de que ese viaje se habría realizado, omite información relevante, como por ejemplo, quién iba a cargo de la misma, ni tampoco hay detalles que pudiesen ayudar a identificarla. Es más, hay preocupantes contradicciones en las fechas, en particular las del regreso, ya que entrega tres opciones distintas. Lo que es peor, cuando tiene que precisar las coordenadas geográficas por donde habría navegado la expedición, éstas no corresponden con la realidad. Todo lo anterior ha inclinado a los historiadores a pensar que dicho viaje nunca se realizó y que posiblemente ese relato no fue escrito por Américo, sino por alguien que quiso llenar de glorias las proezas del florentino. Este documento, al que se le conoce como “Carta a Soderini” por haber sido dirigida al Jefe de Estado de Florencia, Piero Soderini, está fechada en Lisboa en 1504, por lo tanto, muchos años después de realizado el viaje. Además, el original se perdió, por lo que solo se conoce en sus versiones impresas.

Lo que sí está claro es que quien haya escrito esa “Carta a Soderini”, posiblemente pretendía demostrar que Américo también había realizado cuatro viajes como Cristóbal Colón y que, en uno de ellos, la travesía de 1497, había descubierto por primera vez la tierra firme del Nuevo Mundo, antes de que lo hubiese hecho el navegante genovés, pero, en dicho caso, todos los especialistas aún coinciden en que fue Colón en 1498, el primero que arribó a la tierra firme, actual Sudamérica, y que lo de Vespucio fue una atribución que un tercero quiso asignarle en forma posterior.

Si creemos, entonces, a los investigadores que han descartado este primer viaje por ser “apócrifo”, entonces sí podemos inclinarnos a pensar que el primer viaje real de Vespucio fue realizado en 1499, puesto que hay certeza que él formó parte de la expedición de Alonso de Hojeda, también enviada por el obispo Fonseca y que zarpó desde el puerto de Cádiz el 18 de mayo de 1499.

Ahora bien, si aceptamos este viaje como el primero de Américo, surge la pregunta ¿a qué se dedicó desde que cerró las operaciones comerciales de Berardi? No lo sabemos, pero fueron tres años sevillanos bastante silenciosos. Quizás continuó en actividades mercantiles de poca importancia y, al mismo tiempo, fue la época en la que conoció a su mujer, María Cerezo. Posiblemente, retomó algunos contactos con Lorenzo di Pierfrancesco de Médici, algo que no debiese extrañar puesto que sabemos que hubo relación epistolar.

Lo que sí tenemos claro, es que permaneció en la ciudad hispalense y se mantuvo económicamente hasta que llegó la hora del embarque, la oportunidad soñada en la referida empresa de Hojeda, que había obtenido licencia para realizar una misión de descubrimiento en la región del Golfo de Paria, en la actual frontera marítima entre Venezuela y Trinidad y Tobago, la que había sido descubierta por Cristóbal Colón en su tercer viaje, es decir, en 1498.

De hecho, Hojeda había navegado en el segundo viaje de Colón y, por lo tanto, tenía experiencia en la navegación del Caribe. Para cumplir su cometido, preparó cuatro naves con todos los pertrechos necesarios y zarparon desde el puerto de Cádiz. Los registros indican que el piloto mayor de la expedición era Juan de la Cosa, otro veterano de los viajes colombinos, que al año siguiente confeccionaría uno de los primeros mapas de la costa del Nuevo Mundo. En cuanto a Américo, éste se sumó como invitado, aunque Arciniegas también se lo imagina como piloto, algo que difícilmente podría haber asumido por su nula experiencia en la navegación, y menos en la de “altura”, es decir, de larga distancia. Sin embargo, de haber sido pasajero, era una figura importante,



porque el propio Hojeda, en una declaración que hizo años más tarde a propósito de un tema colombino, referido a dicho viaje de 1499: “había llevado con él a Juan de la Cosa, y a Morigo Vespuche, y a otros pilotos”. Con ello queda claro que era una figura importante en la expedición, aunque curiosamente no recordara bien su nombre de pila.

Mapamundi de Juan de la Cosa, 1500



Fuente: Cortesía del Museo Naval de Madrid

No es descartable pensar que Américo pudo haber invertido dinero como partícipe de la empresa, y que por ello se sumó entre los tripulantes y que, a bordo, debió de tener una posición de privilegio, puesto que era una persona conocida en el entorno de Sevilla.

Tras el zarpe desde Cádiz, la flota, que estaba compuesta al parecer por cuatro naves, se dirigió a las Canarias para su aprovisionamiento definitivo. No olvidemos que para los españoles, pasar por dicho archipiélago era vital para surcar el Atlántico, aprovechando vientos y corrientes. Tras obtener todo lo necesario en avituallamiento en la Isla La Gomera, la empresa de Hojeda se dirigió al oeste, arribando a las costas de la actual América, presumiblemente en la frontera de lo que hoy es Brasil y la Guayana Francesa, o, si seguimos a Consuelo Varela, podría ser a la costa de Surinam, la antigua Guayana Neerlandesa.

Fue un viaje muy rápido porque tan solo demoraron 24 días en surcar el Atlántico. Al arribar, al parecer los expedicionarios se separaron en dos grupos. La nave capitana al mando de Hojeda y una segunda siguieron rumbo al norte, costearo el continente en dirección al Golfo de Paria (desemboque del Delta del río Orinoco) y las otras dos naves siguieron al sur para reconocer las costas que se creían asiáticas. En estas últimas iba Américo, quien si bien no estaba al mando, tuvo mucha influencia en el cambio de ruta. La razón de este “desvío” se debía a la convicción de que estaban cerca de probar el objetivo asiático. De hecho, si creemos a nuestro personaje, él era el promotor de dicha exploración: “Mi intención era si podía dar vuelta a un cabo que Ptolomeo llama el Cabo de Cattegara, que está unido por el Gran Golfo, ya que en mi opinión no estaba muy lejos de ello, según los grados de la longitud y la latitud”. Es decir, en el mapa mental de Vespucio estaban las mismas ideas que las que tenía Colón, pero ya mostraba una apertura que más tarde marcaría diferencias, como era el aprovechar cualquier escenario geográfico para explorar, indagar, comprobar o descartar sus convicciones primarias.

Como se registró en la travesía, a través de testimonios, exploraron hacia el sur, con lo cual “descubrieron” la costa de Brasil, con la curiosidad de que lo hicieron dos años antes que oficialmente lo hiciese Alvares Cabral. Sin embargo, Vespucio y sus compañeros no lo

sabían y tampoco pudieron desembarcar porque no hallaron un lugar propicio para ello.

Contemplaron escenarios espectaculares como la desembocadura del río Amazonas y constataron escenarios de la naturaleza que a ojos de un europeo, debieron ser conmovedores. Así lo expresa Américo en su carta a Lorenzo: “La encontramos tan llena de árboles, que era cosa maravillosa no solo su tamaño, sino su verdor, porque nunca pierden las hojas, y por el olor suave que salía de ellos, que son todos aromáticos, dando tanto deleite al olfato, que nos producía gran placer”.

Pero como no pudieron llegar a tierra, optaron por reunirse con el resto de la flota más al norte y seguir el camino a Paria. Así, continuaron la navegación hasta la isla de Trinidad, la cual había sido descubierta por Cristóbal Colón el año anterior, donde finalmente pudieron desembarcar. Ese habría sido entonces el primer contacto concreto entre Américo y el Nuevo Mundo, justo en lo que hoy es Trinidad y Tobago.

Luego continuaron rumbo al Golfo de Paria, recalando en la isla Margarita, la misma que Colón había visitado el año anterior y que había bautizado como La Asunción, por haber sido vista el día en que se conmemoraba dicha fiesta religiosa. En esta isla, así como en Paria, se pudo obtener perlas, las que fueron canjeadas con los habitantes del lugar, ofreciéndoles a cambio, diversos objetos de escaso valor para los europeos. Este tipo de operación económica se le conocía como “Empresa de Rescate” y fue común en el período de descubrimiento y conquista del Caribe.

Luego de permanecer en la Isla Margarita, continuaron viaje por la costa continental, hasta una isla que llamaron “de los Gigantes”, hoy Curazao, impresionados por la contextura física de los pueblos originarios del lugar. De hecho, Vespucio señala que inicialmente vieron mujeres que les parecieron de estatura mucho más alta de lo normal: “Y como nos vieron, tuvieron gran miedo de nosotros, y la principal de ellas, que por cierto era una mujer discreta, con señales nos llevó a una casa y nos hizo dar algo para refrescar. Nosotros, viendo a mujeres tan grandes, acordamos raptar dos de ellas, que eran jóvenes de 15 años, para hacer

un regalo a estos Reyes, pues sin duda eran criaturas que excedían la estatura de los hombres comunes. Y mientras que estábamos en esto, llegaron 36 hombres y entraron en la casa donde estábamos bebiendo, y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie; En conclusión eran de estatura gigantes, según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Penthesilea, y los hombres Anteos; y al entrar, algunos de los nuestros tuvieron tanto miedo que aún hoy día no se sienten seguros”.

Américo Vespucio arriba a Curazao. Grabado de Lambert van den Bos, 1681



Fuente: Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island

En las palabras del florentino, que iban dirigidas en carta a Lorenzo di Pierfrancesco de Médici, escrita en Sevilla al regreso de la expedición el 18 de julio de 1500, no solo se observa la impresión que le provocó el encuentro con estos habitantes, y las intenciones con respecto a sus posibles y reprochables “capturas”, sino que además demostraba la sintonía que tenía Américo con el humanismo, tanto en la referencia a Penthesilea, una guerrera amazona, y a Anteo, un gigante en la Divina Comedia del Dante. Es posible que en el relato, quisiera dar la mejor impresión, no olvidando que este tipo de cartas eran compartidas en las tertulias florentinas que organizaba su antiguo patrón.

Volviendo al relato, después de este encuentro con los “gigantes”, la expedición continuó por la costa de Tierra Firme rumbo a un golfo que llamaron Venecia, del cual Vespucio hace alusión en su carta: “Encontramos una grandísima población que tenía sus casas edificadas en el mar como Venecia, con mucho arte. Maravillados de tal cosa, acordamos ir a verlas, y al llegar a sus casas, quisieron impedir que entrásemos en ellas. Probaron cómo cortaban las espadas y estimaron oportuno dejarnos entrar, y encontramos que tenían colmadas las casas con finísimo algodón, y las vigas de sus casas eran todas de brasil; y les quitamos mucho algodón y brasil, y volvimos luego a nuestros navíos.” Esta “Venecia” que describe Américo terminó perpetuando el nombre de Venezuela, tal como hoy le conocemos.

Posteriormente, continuaron la ruta de la costa, arribando al Cabo de la Vela en la Guajira, actual Colombia, donde si bien no desembarcaron, constataron la existencia de perlas. Ahí terminó el periplo de exploración de Hojeda, y decidieron tomar rumbo a la isla La Española, tal como lo relata el propio Américo: “Después de haber navegado por esta tierras setecientas leguas o más, sin contar infinitas islas que hemos visto, estando los navíos muy gastados, y que hacían mucho agua que apenas podíamos achicarla con dos bombas, y la gente muy fatigada y trabajada, y faltándonos las provisiones, como nos hallábamos según el punto de los pilotos, cerca de una isla que se llama La Española, que es aquella que descubrió el Almirante Colón hace seis años, a ciento veinte leguas, resolvimos ir a ella”.



Valga hacer notar que Américo no reconoce la isla La Española como “Cipango”, es decir, Japón, sino que asume que es una isla “descubierta” por su amigo Colón, pero que evidentemente no es lo que creyó el genovés inicialmente. Sin embargo, todavía el propio Vespucio creía que todo lo que observaba era Asia, es decir, un continente con muchas islas por descubrir.

Finalmente arribaron a La Española, permaneciendo ahí durante dos meses, reparando las naves y preparando el largo viaje de retorno a Europa. Cuando estuvo listo el avituallamiento, la expedición tomó el camino del retorno, no sin antes explorar las islas del norte, capturar 232 esclavos —según propia confesión de Vespucio—, y regresar por la ruta de las Azores portuguesas, para de ahí seguir a Canarias, Madeiras y finalmente arribar al puerto de Cádiz “empleando en este viaje trece meses corriendo inmensos peligros, y descubriendo muchísima tierra de Asia”.

Ahora bien, desde el punto de vista económico, no había sido una travesía que les hubiese dado suficientes réditos. El resultado no pasaba más allá de haber recolectado perlas y pequeñas muestras de oro, aunque el lucrativo negocio de los esclavos les había reportado un botín que se repartió entre los miembros de la expedición. Como se puede observar, y tal como lo hemos mencionado anteriormente, Américo, como buen comerciante florentino, tenía un pensamiento que era bastante común en su tiempo, en cuanto a creer que el comercio de esclavos era una actividad legítima, más aún si dichas capturas coincidían con episodios de violencia, es decir, con guerra justa, aspecto que por supuesto genera muchas dudas, máximo si consideramos que los indios lucayos de dicha región eran habitantes muy pacíficos y amistosos.

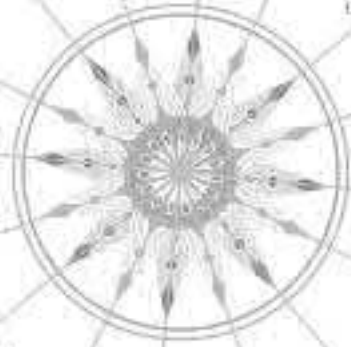
En suma, Américo era una persona con virtudes y defectos, con glorias y miserias, que fue partícipe de un viaje de descubrimiento que terminó por confirmar que la navegación era lo suyo y que la astronomía era lo que le apasionaba, puesto que hizo muchas observaciones durante la

travesía, algunas acertadas y otras erróneas. Además, se maravillaba de la naturaleza y de los pobladores de estas tierras desconocidas, describiendo con detalle algunas características que le convertían en uno de los primeros observadores científicos del Nuevo Mundo, todo lo cual lentamente le fueron abriendo la mente de que estaba frente a un nuevo escenario. Si bien todavía era “Asia”, según propia confesión, pronto sus convicciones tomarían otros derroteros.

Tal como señalamos, arribado a Sevilla escribió la referida carta a su antiguo protector florentino, manifestando que tenía la ilusión de volver a embarcarse pronto en una expedición que se estaba preparando en dicha ciudad puerto. Lo que no sabía hasta ese momento es que sus planes cambiarían pronto, en particular, cuando recibió una sorpresiva invitación: El navegar al servicio del Rey de Portugal.

AMÉRICO VESPICIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES



Capítulo
05

Nuevo Mundo

***El Nuevo Mundo y sus consecuencias:
La capacidad de ver el entorno***

Si bien Américo era un vecino de Sevilla, donde ya había establecido vínculos profundos, el gran viaje de descubrimiento que terminó por permitir la constatación de la existencia de un Nuevo Mundo, se hizo bajo bandera portuguesa.

Américo haciendo mediciones astronómicas. Grabado de Angelo María Bandini 1748



Fuente: Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island

Pero lo que podría resultar extraño puede o debe tener una explicación. Quizás la interrogante válida para comenzar a indagar en esta extraña situación es saber por qué Américo recibió la invitación para formar parte de una empresa lusitana patrocinada por el monarca Manuel I. Con respecto a ello, no hay claridad y hasta la fecha solo cabe creerle a nuestro personaje, porque en realidad fue él quien afirmó, en carta escrita el 4 junio de 1501 a Lorenzo Pierfrancesco de Médici, que “estando en Sevilla, fui llamado por el rey de Portugal, y me rogó para que dispusiese a servirlo para este viaje, para el que me embarqué en Lisboa, a trece del pasado, y tomamos camino al mediodía”.

Efectivamente, tras el retorno del viaje anterior, el de la expedición de Hojeda, Américo tenía mucha ilusión de regresar cuanto antes a navegar, en una mezcla de interés y fascinación por la aventura de los descubrimientos y toda la carga de innovación que allí estaba contenida, pero también por razones económicas, tomando en consideración que los réditos de esta expedición no fueron lo que se hubiese esperado. Es decir, a estas alturas en Américo confluía el espíritu emprendedor y el apetito por lo nuevo; por lo de innovar y trascender.

Sobre este último punto ya lo había demostrado en su expedición anterior, donde sin ser astrónomo y dominar el uso de instrumentos con vasta experiencia, intentó con mucho entusiasmo y poco resultado, hacer cálculos y mediciones que pretendían, sin lugar a dudas, trascender, descubriendo lo que nadie había hecho antes. Sin embargo, el hecho que no lo hubiese logrado no significa que no tuviera la ilusión de profundizar en sus intentos y, al mismo tiempo, seguir indagando acerca de la forma de aquella tierra firme que había alcanzado a explorar en el Ecuador, pero en la cual no se había adentrado. Es posible que para entonces ya intuía que los mapas de Ptolomeo —los que conocía muy bien desde su formación florentina—, no fueran coincidentes con lo que estaban explorando.

Por lo anterior, hacer un viaje le hacía mucha ilusión, tanto por inquietud científica como por los otros fines en los cuales Américo tenía vasta experiencia: Los negocios. Ahora bien, con respecto a la

invitación del rey, en realidad aquello no debiera de sorprender, porque Vespucio tenía buenos contactos en Lisboa, llena de mercaderes florentinos y con buenas redes de relaciones en la corte. Es muy posible que Manuel I supiera del viaje de Américo bajo bandera castellana, en donde toparon tierra al sur de las Guayanas, por lo que, para los intereses de Portugal, esa exploración abría la posibilidad de que dichos territorios quedasen bajo su jurisdicción de acuerdo con el Tratado de Tordesillas, en el cual se había establecido, en 1494, que se trazaba una línea meridiana de polo a polo a 370 leguas al Oeste de las islas del Cabo Verde. Eso significaba que cualquier masa terrestre o isla en el Atlántico que entrara en dicho espacio, quedaba bajo soberanía lusitana. Y lo que había hecho Vespucio en la expedición de Hojeda, cuando se desviaron al sur para explorar, descubriendo de paso la desembocadura del Amazonas, es que se hallaron, si es que no estuvieron ya en ellas mismas, tierras pertenecientes a la corona de Manuel I.

Por ello, ¿Qué mejor idea que invitar a una persona como Américo, quien no siendo ciudadano de Castilla, tenía la libertad para decir que sí, sin por ello traicionar los intereses de los Reyes Católicos, aspecto en el que el florentino era cuidadoso de las buenas relaciones, algo que seguro aprendió de su tío Guido Antonio, y de su experiencia como comerciante y hombre de negocios?.

Pero hay otra razón por la que podríamos explicar el por qué Américo terminó navegando bajo bandera portuguesa, y que tiene relación con lo que estaba ocurriendo en ese tiempo en el reino de Castilla. Tal como afirma Consuelo Varela, Américo, al regresar con la expedición de Hojeda, estuvo muy cerca de enrolarse en la expedición de Alonso Vélez de Mendoza que zarparía muy pronto; sin embargo, una orden de los Reyes Católicos prohibió la presencia de extranjeros en los siguientes viajes de descubrimiento. Y como Américo, si bien era vecino de Sevilla, no estaba “naturalizado castellano”, no pudo embarcarse. Y fue en ese tiempo cuando recibió la invitación para ir a Portugal, oferta que aceptó pese a que muchos cercanos en Sevilla le aconsejaron que no lo hiciese, porque el reino vecino era competencia directa del de Castilla y Aragón. Pero como dijimos antes, posiblemente confiaba en que dado el contexto en que se encontraba, la oferta laboral recibida no

ponía a Vesputio como un desleal y traidor a los intereses hispanos, ya que él mismo estaba inhabilitado para trabajar como marino por su condición de extranjero.

Ya en Lisboa, se embarcó en la expedición bajo el mando de Gonzalo Coelho, zarpando el 13 de mayo de 1501, con tres naves con la finalidad de explorar las tierras al sur del Ecuador en la costa de la Tierra Firme de lo que hoy es Brasil. La ruta seguida fue la de la costa africana, rumbo a las islas del Cabo Verde, considerando que no podían abastecerse en las Canarias por ser de jurisdicción castellana. Valga sí aclarar, que algunos autores señalan que la expedición habría estado al mando de Gaspar de Lemos, duda que se acentúa por la omisión que Américo hace de quien estaba a la cabeza de la empresa, algo frecuente en los escritos del florentino, quien solía ponerse como protagonista principal.

Volviendo al relato del viaje, la primera parada la hicieron en el puerto de Dakar en la península del Cabo Verde, donde se encontraron con una nave que formaba parte de la expedición de Pedro Alvares Cabral, navegante y explorador portugués, que venía de regreso de un viaje en que había descubierto Brasil, es decir, el territorio que estaba al sur de lo que conocía Américo, dentro de la jurisdicción portuguesa del Tratado de Tordesillas. Al tener noticias de aquellos descubridores, para Vesputio fue de tal interés dichos testimonios, que redactó una carta en Cabo Verde dirigida a Lorenzo di Pierfrancesco de Médici, preámbulo de que estaban frente a un descubrimiento mayor. Así refería las noticias que de seguro escuchó de los expedicionarios que regresaban a Portugal: “Y después de haber navegado veinte jornadas, alrededor de setecientas leguas (que cada legua tiene cuatro millas y media), se pararon en una tierra, donde encontraron gente blanca y desnuda; de la misma tierra que yo descubrí para el rey de Castilla, salvo que está más hacia el levante, de la cual por obra mía os escribí, donde dice que tomaron todo abastecimiento”.

El hallazgo era nada menos que Brasil, pero llama la atención que la conciencia de “descubridor” ya estaba en la mente de Américo. Por otra parte, las riquezas con las cuales regresaba la nave capitán de Cabral, que posterior a Brasil había estado en el Índico, en la ruta

que había abierto el navegante y explorador Vasco da Gama poco tiempo antes, hacía presagiar lo maravilloso y lucrativo que podían ser estas expediciones. Sobre este último punto, había una marcada diferencia con los viajes castellanos, los cuales, como muy bien observa Fernández-Armesto, no habían logrado hasta la fecha equiparar las enormes ganancias de las empresas lusitanas, quienes por la ruta del Cabo de Buena Esperanza tenían ya asegurada la riqueza del mundo asiático, tema que para Vespucio era importante, como también, para los financieros y comerciantes florentinos a quien finalmente van dirigidas estas noticias.

Nativos americanos según Américo Vespucio, 1505



Fuente: Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island

Por ello, tras el descanso en la península del Cabo Verde, hoy Dakar, las naves tomaron rumbo al Oeste y se adentraron en el Atlántico rumbo a aquella Tierra Firme del oeste, en un duro viaje que según Américo se extendió por 64 días. Al arribar a la costa brasileña, la recorrieron en dirección sur, confirmando con ello el descubrimiento de Cabral para la soberanía de Portugal. Sin embargo, a medida que fueron avanzando, percibieron que la costa ahora iba en dirección a Occidente por lo que de seguir avanzando, abandonarían los territorios portugueses y entrarían en la jurisdicción de Castilla, por estar más allá de las 370 leguas aludidas en Tordesillas. No obstante, se animaron a continuar la ruta de la costa sin importar el tema de la soberanía, puesto que al parecer primó el interés geográfico.

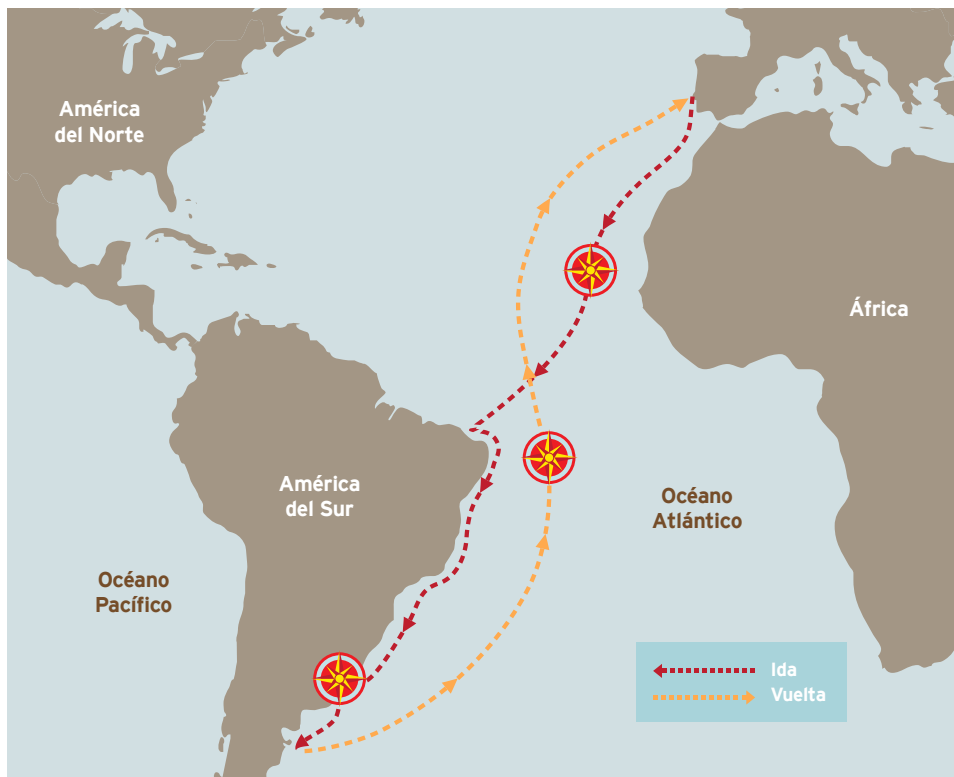
Mientras tanto, Américo iba redactando en sus apuntes personales —hoy perdidos—, indagaciones astronómicas, y como bien señala Consuelo Varela, observaciones etnográficas de los pueblos originarios que iban encontrando en la costa y con los cuales tuvo contacto. Eso sí, en sus relatos se mezcla realidad y fantasía, algo propio de los escritores de su tiempo. Por ejemplo, señala que la población era blanca, que comían principalmente carne humana o que conoció a algunas personas ancianas, entre los que se contaba una que tenía 132 años de edad, según los propios cálculos de Américo.

También se maravilló por el escenario geográfico. Basta imaginar el espectáculo que debió ser el descubrir la bahía de Guanabara en el actual Río de Janeiro, un espacio que tuvo que ser conmovedor para los miembros de la expedición, y cuyo hallazgo ocurrió el 1 de enero de 1502, razón por lo cual se perpetuó el nombre de “Janeiro”, con la creencia que dicha bahía era la desembocadura de un gran río.

En cuanto al potencial económico, Américo confiesa que si bien este viaje tenía como principal fin el de descubrir nuevas tierras, no deja de observar las posibilidades que podría haber para futuras empresas. Así le detalla al respecto a “Il Popolano”: “Tengo la esperanza que mandando ahora a reconocer este Serenísimo Rey, que no pasarán muchos años que le aportará a este Reino de Portugal, grandísimo provecho y renta. Encontramos muchísimo (palo) brasil y muy bueno,

para cargar cuantos navíos están hoy en el mar, y sin costo alguno, y lo mismo de cañafistula. Vimos cristal, e infinitos sabores y olores de especería y droguería, pero desconocidas”.

Ruta del viaje de Américo Vesputio de 1502 - 1503



Fuente: Rodrigo Moreno

Cuando avanzaron hacia el sur, a la altura de Río Grande do Sul, ya estaban en jurisdicción hispana, y siguiendo la costa llegaron a lo que hoy es Uruguay, desembarcaron en lo que hoy es Montevideo. Luego avistaron el Río de la Plata al que le pusieron por nombre Jordán, topónimo que no prosperó en el tiempo, y luego continuaron rumbo al extremo sur, llegando hasta bien avanzada la Patagonia, según Vesputio, hasta los 52 grados latitud sur, es decir no muy lejos del Estrecho de Magallanes. Américo señala al respecto: “Finalmente fui a

la región de las antípodas, que por mi navegación fue una cuarta parte del mundo”, en otra carta donde da mayores detalles de dicha travesía en el Atlántico Sur: “Las noches eran muy largas, que tuvimos una, la del siete de abril, que fue de quince horas, porque el sol se encontraba al final de Aries, y en esta región era invierno como puede calcular S.M. En medio de esta tormenta avistamos una nueva tierra, de la cual recorrimos cerca de veinte leguas, encontrando la costa brava, y no vimos en ella puerto alguno, ni gente, porque era el frío tan intenso que ninguno de la flota se podía remediar ni soportarlo. De modo que viéndonos en tanto peligro y con tal tormenta, que apenas podía ver una nave a la otra por las grandes olas que se levantaban, y por la gran cerrazón, acordamos con el capitán mayor hacer señales a la flota de que se reuniese y dejar la tierra retomando el camino a Portugal”.

Según el relato, a estas alturas Américo había adquirido tal grado de experiencia que si bien no iba al mando de la expedición, tenía una fuerte influencia sobre quienes lideraban la expedición, a tal punto que sin él, difícilmente las naves hubiesen avanzado al extremo sur y constatar tamaño descubrimiento que traería enormes consecuencias para el mundo moderno.

Era tal el tamaño de la “Tierra Firme” que observaron —desde la costa de Brasil hasta el extremo sur—, que solo cabía la posibilidad de que alguien se atreviera a manifestar públicamente lo que hasta el momento era una posibilidad incierta. La concepción del mundo que se tenía hasta entonces estaba a punto de fracturarse, pero se requería de un pionero que diera el gran paso.

Después de tomar rumbo a Portugal, a través de la vía de Sierra Leona en África y luego en el archipiélago de las Azores, la expedición arribó felizmente a Lisboa el 7 de septiembre de 1502. Américo y sus acompañantes testimoniaron su extenso viaje de casi quince meses de duración. Fue allí que el florentino también se apresuró a relatar los primeros pormenores del viaje a Lorenzo di Pierfrancesco, advirtiéndole que pronto habrían noticias más acabadas pero que tenía que esperar que el monarca portugués le devolviera los apuntes personales que él había tomado durante el viaje, pero al momento de escribir la misiva todavía aquello no había ocurrido.

Sin embargo, pronto escribiría una carta que marcaría la historia del mundo moderno, conocida como “Mundus Novus”. Américo redactó una carta que también dirigió al “Il Popolano”, posiblemente redactada en 1503. Esta carta tuvo enorme influencia en el mundo científico de su tiempo. Su contenido no difería del relato de la carta anterior pero comenzaba su relación con una afirmación categórica: “Días pasados muy ampliamente te escribí sobre mi vuelta de aquellos nuevos países, los cuales, con la Armada y a expensas y por mandato de este Serenísimo Rey de Portugal, hemos buscado y descubierto; los cuales Nuevo Mundo nos es lícito llamar, porque en tiempos de nuestros mayores de ninguno de aquellos se tuvo conocimiento, y para todos aquellos que lo oyeran será novísima cosa, ya que esto excede la opinión de nuestros antepasados, puesto que de aquellos la mayor parte dice que más allá de la línea equinoccial y hacia el mediodía no hay continente, solo el mar al que han llamado Atlántico, y si había alguno de aquellos que ha afirmado que había allí continente, han negado con muchas razones, que aquella fuera tierra habitable”.

Finalmente, cerraba la introducción insistiendo que “yo he descubierto el continente con más multitud de pueblos y animales que nuestra Europa, o Asia o África”.

De esta manera, “Nuevo Mundo” fue el nombre acuñado por Vespucio, aunque a decir verdad este concepto no era nuevo. Otro florentino, el humanista Pedro Mártir de Anglería, asesor de los Reyes Católicos en tiempos del arribo de Colón en su primer viaje, ya hablaba en 1493 de una “Nova Terrarum” aunque sin imaginar que se trataba de otro continente como lo afirmaba Américo en su carta. A propósito de quienes podían llegar a creer que sí había otro continente, se referían a la antigua creencia de las antípodas, es decir, que había una tierra donde no podían vivir los seres humanos, idea que provenía desde el mundo antiguo.

Ahora bien, si Vespucio fue tan categórico, uno se pregunta ¿Por qué no lo fue en la citada carta de julio de 1502 que también había dirigido a Lorenzo di Pierfrancesco? Quizás algo adelantaba cuando se refirió “a la cuarta parte del mundo” navegando a las “antípodas” en

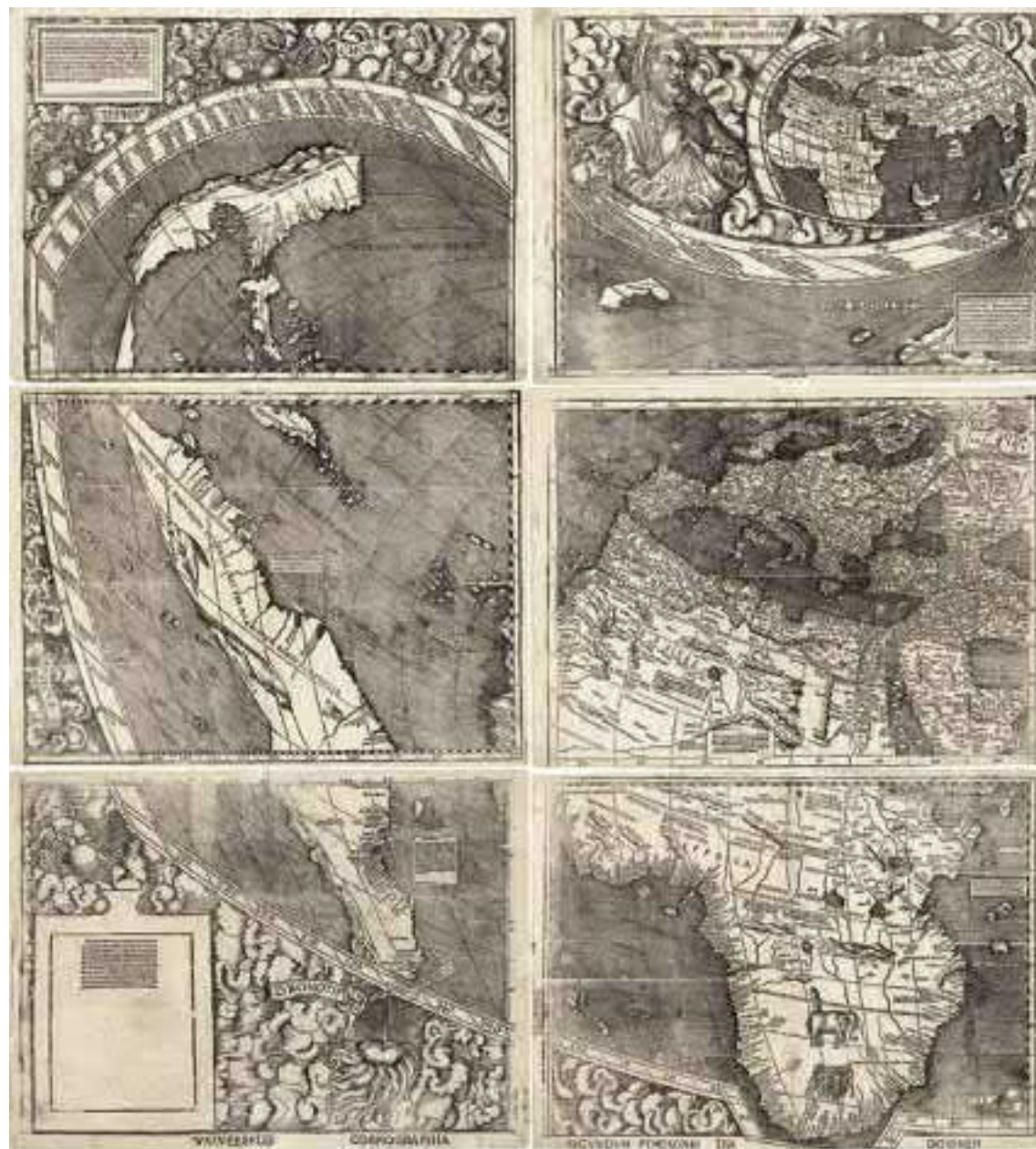
la referida carta, aunque como Fernández-Armesto, creen que hasta ese momento aquella afirmación se relacionaba con una constatación matemática del globo terrestre. Lo que está claro es que la epístola “Mundus Novus” se transformó en la primera afirmación de que lo explorado hasta esa fecha era sin dudas otro continente.

Entonces Américo se transformó en el pionero, en el primero que se atrevió a decir lo que otros callaban. Si había otro mundo, entonces la perfección de la división tripartita del planeta se rompía porque una “cuarta parte” entraba en escena. Sin embargo, lo que no sabía Américo es que faltaban otros dos continentes por descubrir, pero ese es otro tema.

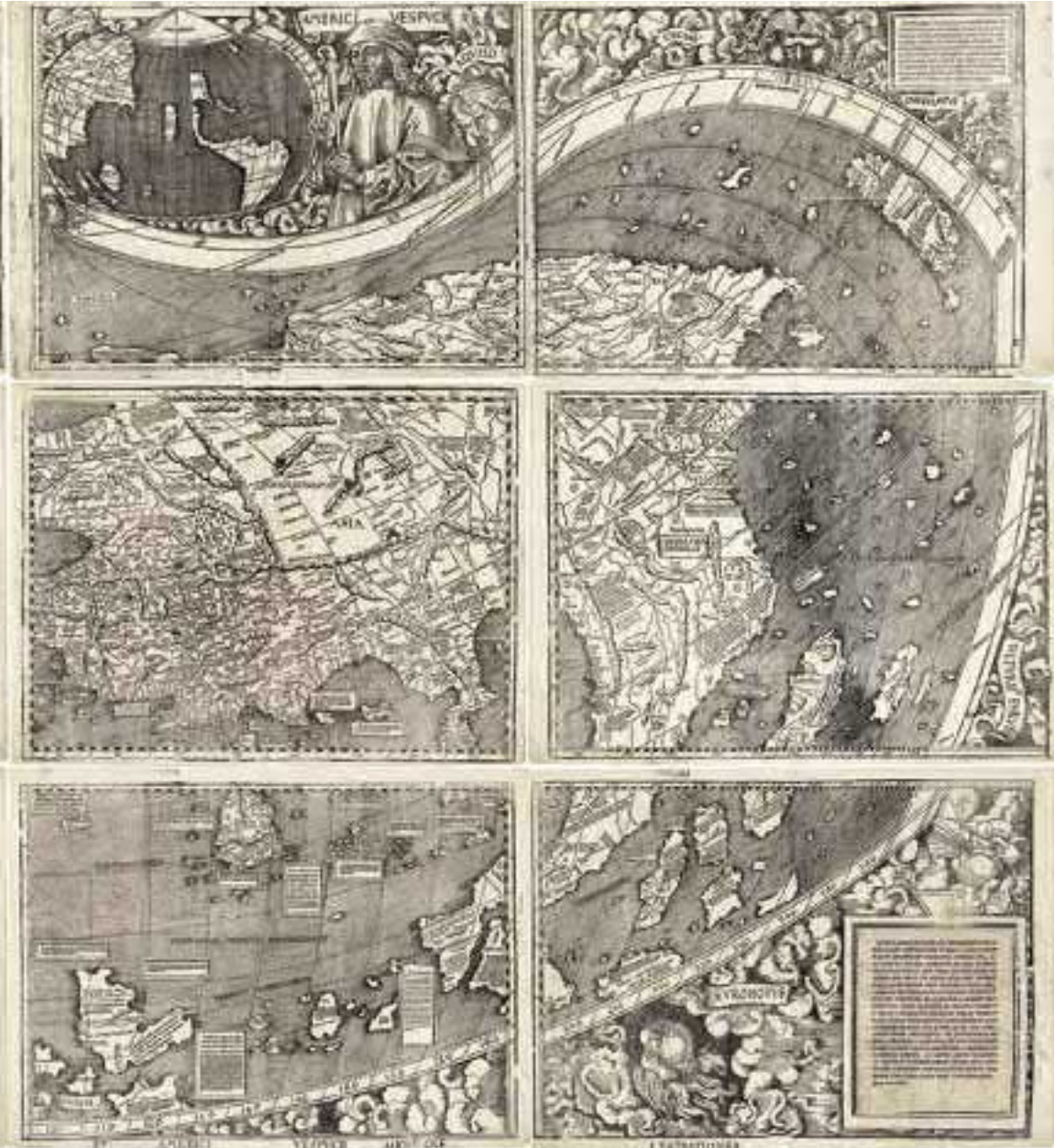
En “Mundus Novus” vemos a Vespucio como un personaje protagonista. El “yo” pasa a ser recurrente, con un sello muy marcado de ese espíritu renacentista que busca trascender, que desea que su nombre se perpetúe en el tiempo. Es decir, es una carta con intencionalidad, no para que lea solamente Lorenzo, sino que todos los que van a tener la oportunidad de estudiarla sepan que Américo fue el que la escribió.

Incluso, se torna crítica de los “antepasados” en que incluye por supuesto a los antiguos estudiosos que se había equivocado, pero todo está redactado en función de dejar en claro que él fue el actor principal de esta historia. Claramente, como lo vimos, en esto se exageraba, ya que Américo no había comandado la expedición, pero es verdad que quien tenía mayor conciencia de que se estaba frente a algo sorprendente desde el punto de vista científico, había sido él.

“Mundus Novus” llegó a Florencia y las noticias allí contenidas deben haber causado gran impresión. Sabemos que otras cartas de Vespucio habían generado dudas y consultas que Américo había tenido que aclarar o replicar, pero esta vez lo que estaba afirmando era tan contundente, que Lorenzo y su grupo decidieron hacer público lo que este florentino estaba relatando.



Mapa de Martin Waldseemüller en donde se dibuja el nuevo continente y se le llama América, 1507



Fuente: Cortesía de The Library of Congress, Washington

La carta había sido escrita en la lengua de la toscana, pero fue traducida al latín para extender la universalidad de su impacto. No sabemos cuántos ejemplares se distribuyeron, pero la noticia de Américo se extendió rápido. Primero en Florencia y luego por Europa central. Al parecer, la globalidad del Humanismo permitía que todo fluyera con rapidez no imaginada en otras épocas. Así, la propaganda surtió efecto, porque las noticias del florentino llegaron al mundo científico, particularmente, de aquellos que hacían cartografía y trabajaban arduamente en la imagen de un mundo que cambiaba constantemente.

Y como coronación, en 1504 apareció la polémica “carta a Soderini”, que si bien es posible que no la haya escrito Vespucio, sino un editor anónimo, también circuló por Europa con consecuencias insospechadas para el comerciante, navegante y, ahora, descubridor florentino. Además, quien haya escrito esta carta, claramente quería poner al autor al mismo nivel o, quizás, en una escala superior a Colón, puesto que aparece como el primer navegante que había estado en la Tierra Firme del Nuevo Mundo, cosa que no era verdad, y porque aparecía realizando cuatro viajes de descubrimiento, los mismos que había realizado Colón sin éxito.

Como bien señala Fernández-Armesto, en realidad, no tenemos necesariamente que culpar a Américo de que se haya publicado dicha carta de dudosa procedencia y contenido, pero lo cierto es que se hicieron varias ediciones y la traducción latina fue bien editada. Como la circulación era buena, entonces ocurrió lo impensado: La carta “Mundus Novus” y luego el polémico impreso, llegaron a manos de unos cartógrafos e intelectuales de la región de Lorena, actual Francia. El lugar se llamaba Saint Dié, y ellos residían en un convento que, aparte de sus deberes propios como casa religiosa, albergaba este espacio científico – intelectual, además de ser una reconocida imprenta.

Primero, había llegado la carta “Mundus Novus”, que como se señaló, había sido escrita e impresa hacia 1503. Ya en ese momento los referidos intelectuales, entre los que se contaba Matías Ringmann, quedaron gratamente impresionados de las noticias contenidas en la carta, a tal punto que Ringmann escribió un poema dedicado a este

Américo descubridor, personaje que no conocía y del que nunca había oído antes.

Sin embargo, cuando en 1507 recibieron de parte del Duque Renato II de Lorena un regalo, el círculo terminó por cerrarse. Les obsequió un ejemplar en francés de la carta a Soderini, en el que venía adjunto un mapa sencillo con la forma de las nuevas tierras descubiertas. Rápidamente la tradujeron al latín y el grupo de Saint Dié decidió publicar un libro titulado “Cosmographiae Introductio”, que contendría un nuevo mapamundi que realizó el destacado cartógrafo del grupo, el clérigo Martin Waldseemüller.

Para ese entonces, estos humanistas estaban dedicados a publicar una nueva edición de la “Geografía de Ptolomeo”, pero las noticias de Américo cobraron tal dimensión que optaron por centrar todos los esfuerzos en terminar el nuevo mapamundi y a redactar el texto que acompañaría a la pieza cartográfica. Ringmann fue el autor del prólogo y ahí explica la importancia de la obra, y las noticias ahí descritas, las nuevas tierras descubiertas y “las costumbres de sus gentes”, basándose claro está en lo que había testimoniado Américo en las dos cartas que disponían.

Pero la obra maestra era el mapa, con un “Nuevo Mundo” al cual, junto con dibujarlo de acuerdo con la forma descrita por Américo, se le dio un nombre: “América”. Sí, Waldseemüller había quedado tan maravillado con las afirmaciones del florentino que no dudó en premiar su osadía, la de afirmar lo que nadie se atrevía a hacer, que había otro Continente y que lo descubierto en el Atlántico occidental no era Asia. Fue tal lo categórico del mapa que el cartógrafo, en la parte superior de la representación, se atrevió a dibujar el rostro de dos personajes que aparecen como insignes del conocimiento geográfico: Claudio Ptolomeo y Américo Vespucio, el primero junto al viejo mundo y el segundo junto al nuevo. ¿Una exageración? Para muchos sí, pero aunque parezca injusto, el mundo científico premia al que se da cuenta de las cosas, y ese detalle marcó profundamente esta historia porque el florentino tuvo precisamente dicho mérito, es decir, “descubrir” y “darse cuenta” de lo que estaba haciendo.

Detalle de la imagen de Ptolomeo y Vesputio



Fuente: Cortesía de The Library of Congress, Washington

Detalle del mapa de Waldseemüller con el nombre de América



Fuente: Cortesía de The Library of Congress, Washington

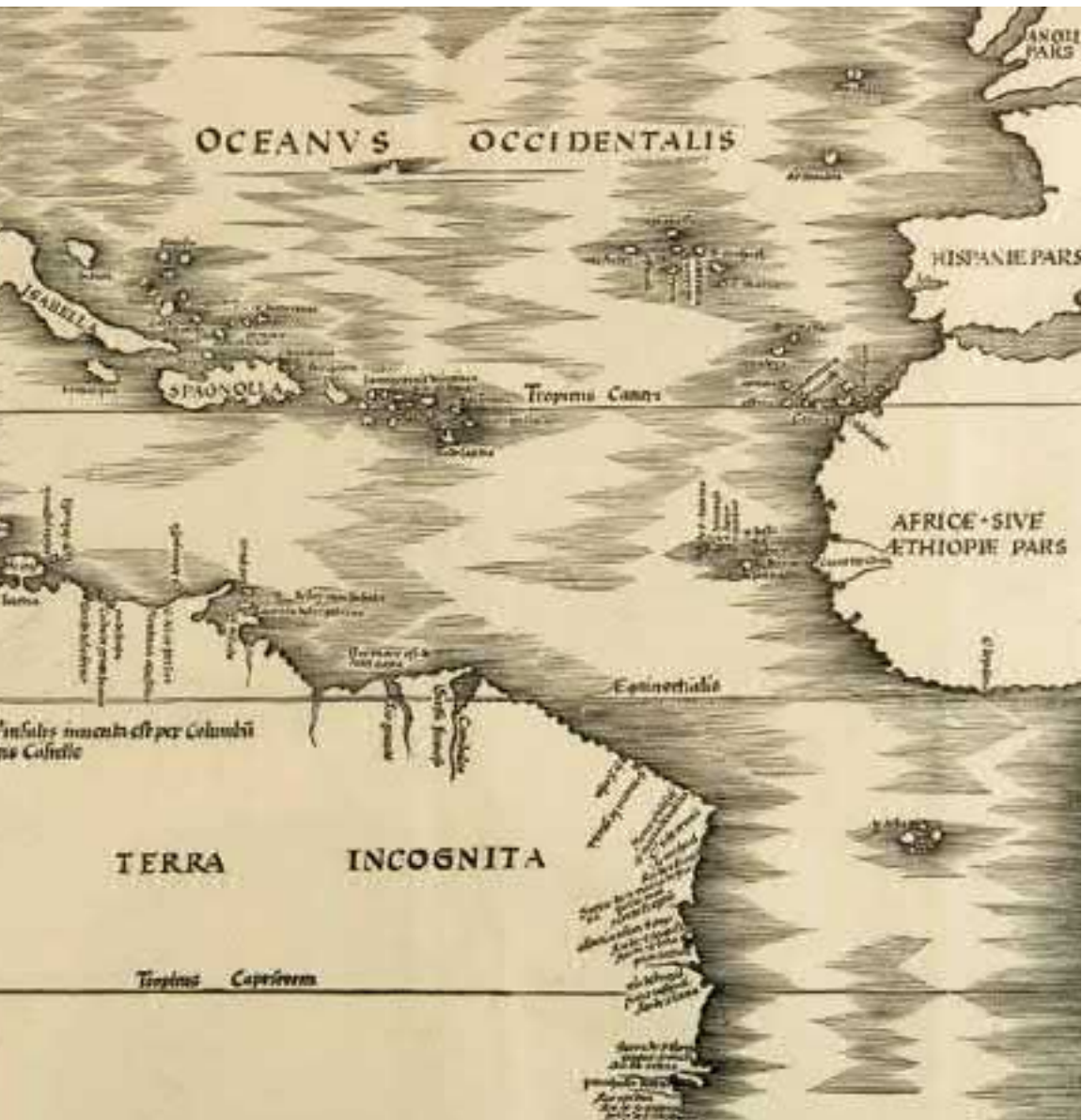
El mapa circuló rápidamente y, dado los categóricos fundamentos, la denominación del nuevo continente cobró fuerza. Aunque, a decir verdad, en Castilla el impacto fue menor, por no decir imperceptible. Sí se aceptó la existencia del nuevo continente, pero por no romper con una tradición, a las tierras halladas por Colón se le llamaron Indias Occidentales, denominación que también se mantuvo vigente en diversas escuelas cartográficas. A propósito de Cristóbal Colón, éste no supo del bautizo del Nuevo Mundo, pues había fallecido en 1506 en Valladolid, y el mapa de Waldseemüller salió a la luz en abril de 1507.

Sin embargo, este no fue el único mapa realizado por Martin Waldseemüller. En 1513, dentro de la publicación de una nueva *Geographia* de Ptolomeo, volvió a editar una carta geográfica llamada “*Tabula Terre Nove*”, en donde omitió la palabra América, especificando que la tierra correspondiente a la actual América del Sur, se trataba de una “*Terra Incognita*” y que había sido descubierta por Cristóbal Colón. ¿Fue una rectificación del mapa de 1507? ¿Quiso restaurar la figura de Colón? No lo sabemos con certeza, pero si así fue, ya era tarde para revertir lo que él mismo había sembrado porque el nombre de “América” había llegado para quedarse.

¿Y cual fue la repercusión en la vida de Américo? Evidentemente lo que logró fue trascender, pero no obtuvo réditos significativos, al menos como los que él hubiese soñado en su etapa de comerciante. Terminado su viaje, él afirma que realizó otro bajo bandera de Portugal, del cual no hay vestigios salvo la versión de la carta a Soderini. Verdad o mentira, lo cierto es que sabemos que regresó a Sevilla y ahí residió a finales de 1504. De hecho, se cree que durante ese tiempo tuvo que tener contacto con Colón, con el cual tenía amistad y confianza. Incluso es difícil pensar que ambos, viviendo en la misma ciudad, no hubiesen tenido algún tipo de contacto, más aún cuando Colón —por ese mismo tiempo— alude positivamente sobre la figura del florentino.



Mapa llamado "Tabula Terre Nova" de Martín Waldseemüller de 1513



Fuente: Cortesía de Juan & Peggy Rada Collection

En su nueva estancia sevillana, no tuvo mayores problemas para reinsertarse, recordando que además de tener familia ahí, el servicio a Portugal no le había generado conflictos con las autoridades, aunque de todas formas el escenario algo había cambiado porque estuvo cuatro años desconectado de ese mundo comercial y marítimo. Pero como tenía espíritu emprendedor, se las ingenió para sobrevivir y sostener dignamente a su familia, aunque muy lejos de los lujos que alguna vez había soñado.

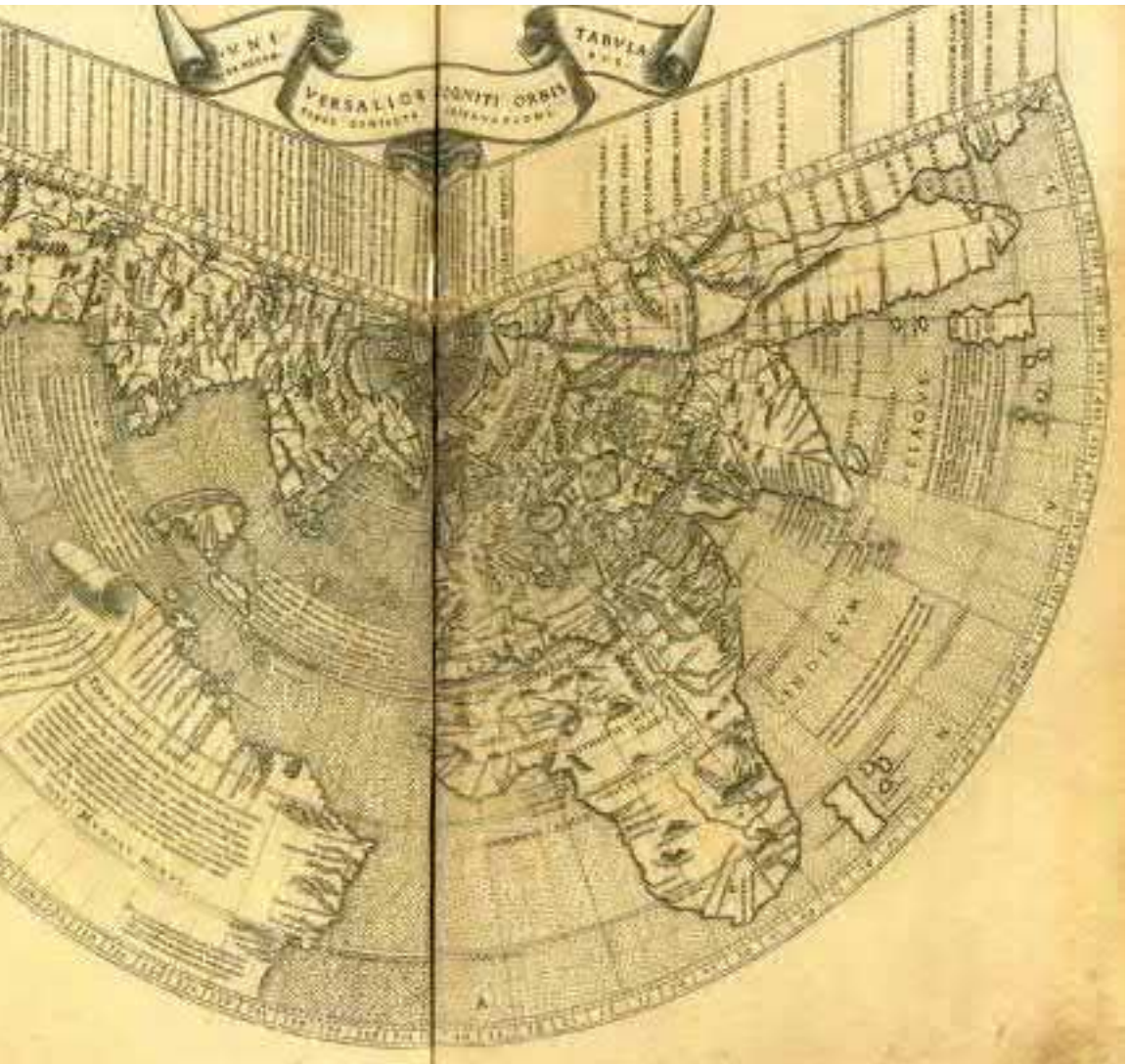
Cuando el monarca Fernando el Católico, por entonces ya viudo de Isabel, supo de su regreso, le invitó a una entrevista en la ciudad de Toro, en febrero de 1505, para que le relatase sus aventuras en la travesía portuguesa, además de pedirle que colaborara en un nuevo proyecto, en el que trabajaría junto a Vicente Yáñez Pinzón, para entonces un experimentado navegante que en 1492 había acompañado a Cristóbal Colón al mando de la carabela “Niña”. La idea era preparar un proyecto para organizar otro viaje en busca de especias, pero éste no llegó a concretarse. De todos modos, mantuvo contacto con la Corona a tal punto que para evitar que tuviese problemas por su condición de extranjero, el Rey le concedió la carta de ciudadanía de Castilla, una prueba más que contundente de que no había rencores con Américo.

Para entonces, tal como recuerda la historiadora Consuelo Varela, Américo vivía en Sevilla junto a su mujer María Cerezo, una cuñada, y un sobrino, Juan Vespucio, quien era hijo de su hermano mayor Antonio y que había migrado desde Florencia a Sevilla para seguir los pasos de su tío, y vaya que lo logró porque años más tarde, llegó a ser un destacado cartógrafo.

Mientras tanto, se dedicó a retomar el negocio de avituallamiento de expediciones aunque siempre dispuesto a algún llamado de las autoridades. Sin embargo, lamentablemente para él, ya no hubo otras posibilidades de viajar. Estaba en eso cuando Waldseemüller publicó su mapa en que aludía a él, pero en realidad la vida de Américo no cambió. De hecho, ese mismo año de 1507 estaba trabajando para la Casa de Contratación en Sevilla, colaborando en la preparación de otras flotas que pasarían al Nuevo Mundo.



Mapamundi de Johann Ruysch, un año después del mapa de Waldseemüller en donde el nuevo continente se nombra como Tierra de la Santa Cruz y Nuevo Mundo, 1508



Fuente: Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island

Pero a comienzos del año siguiente vino posiblemente el reconocimiento que él esperaba. Sin relación con el bautizo del nuevo continente, que como señalamos, en Castilla no tuvo repercusión, el Rey Fernando el Católico le nombró Piloto Mayor de la Casa de Contratación, cargo recién creado y que venía a poner una cabeza organizacional a la formación de pilotos, a centralizar la información sobre cartas e instrumentos de navegación y a sistematizar toda la información que iba llegando de las travesías que posibilitarían un Padrón Real, es decir, un mapa oficial; Una síntesis científica. Para todo ello, el monarca pensó que Américo era la persona indicada.

Nos atrevemos a decir que Américo llegó a la “alta dirección” de la forma en que más se lo merecía. No estaba llamado, ni estaba a la altura de un almirante como Colón, ni de un gobernador de la talla de Nicolás de Ovando en La Española, pero sí era una persona que tenía una formación global, y que no siendo experto en oficios específicos, sí tenía las capacidades y versatilidad para sistematizar el conocimiento geográfico y científico – náutico de su tiempo. Creemos que la formación en Artes Liberales fue vital en una persona que representaba una buena síntesis de experiencia teórica y práctica y que ahora estaba preparada para asumir grandes desafíos, responsabilidad que, a juicio de Arciniegas, lo hizo bien.

El cargo implicó un sueldo de 50,000 maravedíes anuales y otros beneficios que le permitieron no amasar fortuna, pero sí una estabilidad económica de por vida, y el prestigio de ser un funcionario real, cargo que conservó hasta su muerte. Durante el ejercicio de su cargo, confeccionó cartas náuticas que lamentablemente no han llegado hasta nosotros. También, asesoró a pilotos y dictó clases en Sevilla, además de seguir en contacto con la corte para cuando fue requerido dada la estratégica posición que obtuvo.

Mientras tanto, las noticias del Nuevo Mundo seguían circulando y su nombre iba lentamente ganando espacio para convertirse en un concepto universal. En tanto ello ocurría, la vida de Américo continuó en Sevilla, sin grandes cambios y con la tranquilidad de haber cumplido gran parte de sus sueños. En 1511, enfermó y realizó su testamento porque probablemente consideró que estaba en riesgo su vida. Sobrevivió casi un año, pero finalmente el 22 de febrero de 1512 falleció en la ciudad hispalense, siendo sepultado en la iglesia de San Miguel, hoy desaparecida. Américo, que nunca fue muy religioso en vida, según propia confesión, quiso ser enterrado con el hábito de San Francisco de Asís, muestra de que en su corazón llevaba una devoción que también compartía su amigo Cristóbal Colón, quien también había pedido ese último deseo. María Cerezo y, su sobrino, Juan Vespucio fueron sus principales herederos, y en el caso del segundo, conservó los mapas e instrumentos que tenía Américo y que, lamentablemente, hoy están desaparecidos.

Mapamundi de Henricus Glareanus, 1513



Fuente: Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island



Así, se cerró la vida de Américo, aquella persona con un evidente espíritu emprendedor y que, con luces y sombras, buscó trascender en la vida, aplicando conocimientos aprendidos pero al mismo tiempo atreviéndose a explorar en lo desconocido, con hambre de descubrir lo que otros aún no hacían, comunicando con notable asertividad e intencionalidad. Una persona que hoy bien valdría la pena que estuviera en las grandes organizaciones, colaborando en la toma de decisiones y viendo donde otros todavía no podrían hacerlo.



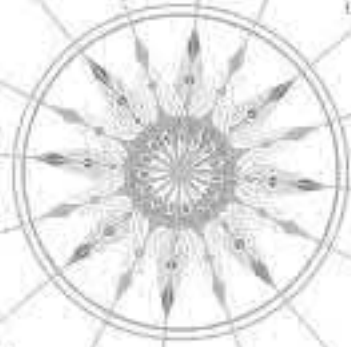
Mapamundi de Bernard Sylvanus en donde al nuevo mundo se le denomina Tierra de la Santa Cruz, 1511



Fuente: Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island

AMÉRICO VESPICIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES



Capítulo
06

Reflexiones

para el mundo de los negocios



La figura de Américo Vespucio es y seguirá siendo polémica para los historiadores. ¿Tuvo el mérito suficiente para que el nuevo continente “descubierto” para los europeos llevara su nombre? El tema sigue abierto, aunque resulta recurrente escuchar que el premio que recibió este florentino fue demasiado grande y que lo llevó a la posteridad de manera exagerada, sin todos los pergaminos que en teoría debía tener un “descubridor”, es decir, el ser navegante experimentado, explorador nato, observador fidedigno de la realidad, espíritu emprendedor, en fin, los atributos que el contexto de la época, en teoría, era frecuente encontrar.

Efectivamente, Vespucio no reunía los méritos en cuanto a no haber participado en la primera carrera de los descubrimientos, al menos de la forma en que todos los hacían, es decir, al mando de una expedición o como piloto de la misma. No. En el epicentro y vorágine de una Sevilla descubridora, se entusiasmó con las aventuras de otros, a tal punto que optó por sumarse a algunas expediciones que le permitieron constatar y hacer público lo que otros posiblemente ya intuían, es decir, que “las Indias” no eran el territorio que Colón y otros navegantes seguían explorando.

Entonces, un personaje que había ingresado a la navegación tardíamente, terminó llamando la atención del mundo científico, que al final “premió” la propuesta de Vespucio y le asignó el título de “descubridor” intelectual del Nuevo Mundo, con la consecuencia inmediata de que su nombre de pila pasase a ser —en versión femenina—, “la cuarta parte del mundo”.

Precisamente, el hecho que fue Vespucio quien se atrevió a hacer pública su posición de que el mundo tenía más de tres continentes —los que hasta entonces se reconocían como Europa, Asia y África— fue posiblemente el mayor mérito del florentino, puesto que apuntaba a la esencia de la palabra “descubrir”, es decir, a tomar conciencia de algo. Por ello, Martin Waldseemüller, el famoso cartógrafo, y el humanista Mathias Ringmann, vieron como legítimo reconocer a Américo como el pionero que merecía pasar a la posteridad.

Mapa de Martin Waldseemüller titulado *Orbis Typus Universalis*. c.1513



Fuente: Cortesía de The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island

Ahora bien, si a partir de lo explicado existe claridad sobre el verdadero mérito de nuestro personaje, ¿Por qué la polémica? La razón estaría centrada en que algunos pasajes de su vida siembran dudas acerca de su credibilidad, en especial sobre la autenticidad de sus escritos y descripciones, pero que en términos concretos y sin desconocer la polémica, el mundo científico premió a quien tomó conciencia de que se estaba frente a un descubrimiento, es decir, reconoció al innovador que se dio cuenta de lo que había logrado, que supo abrir su mente cuando otros no lo hacían.

¿Lo anterior le quitó méritos a Colón? Sin duda, el entorno cartográfico castigó a Colón por no haberse dado cuenta a dónde verdaderamente llegó y, más aún, porque el genovés no lo hizo después de ¡Cuatro viajes de exploración! En cambio, con mucho menos, el florentino apuntó a la “médula central” del problema, que era dilucidar si todas las islas y tierra firme exploradas a partir de 1492 eran o no Asia.

Pero al margen de la polémica, ¿Qué enseñanzas podemos extraer de este caso? La verdad es que muchas, puesto que Vespucio es un personaje cuya figura cobra mucha actualidad en nuestro tiempo. Sí, en un mundo en donde se valora el espíritu emprendedor e innovador, este florentino puede ser un buen modelo de lo que se puede aspirar a tener en el marco del capital humano, o, mejor dicho, de las personas en el contexto de las empresas y organizaciones.

En primer lugar, él recibió los estudios necesarios para enfrentar un mundo de cambios, de desafíos y de oportunidades. Si bien no tuvo título profesional, las enseñanzas recibidas en su niñez y juventud fueron claves para desarrollar capacidades y habilidades que fueron determinantes en su vida, en especial para explicar cómo este personaje llegó a escribir la carta “Mundus Novus”, y cómo llegó a abrir su mente a tal punto que se atrevió a romper los paradigmas de su tiempo.

La educación de Américo la recibió de su tío Giorgio Antonio, el referido hermano menor de su padre, quien era fraile dominico en el convento de San Marcos en Florencia, epicentro de los humanistas de su tiempo, puesto que contaba con una gran biblioteca abierta al mundo intelectual de la ciudad, es decir, un verdadero nodo creativo sustentado en el conocimiento del pasado, pero con mirada de presente.

Tal como lo vimos, allí estudió Américo latín y moral, pero también literatura, historia, geografía, matemáticas, es decir, una completa formación en Artes Liberales, con el valor agregado que su maestro, familiar directo, era al mismo tiempo una de las grandes

personalidades intelectuales de la ciudad. Como señala Arciniegas, Vespucio fue formado para hombre de negocios o para la política, y precisamente, para ambos casos o para muchos otros, la formación global recibida entregaba un elemento sustancial y diferenciador: El pensamiento crítico heredado del conocimiento clásico y muy en boga en la Florencia innovadora.

Sobre este último punto, la conexión con nuestro mundo actual es evidente. Para una empresa que responda a los desafíos actuales, y para una organización que se enfrente a la realidad diversa, disponer de personas con formación sustentada en el pensamiento crítico y apertura al conocimiento de múltiples disciplinas, resulta fundamental. Es decir, si antes se valoraba el conocimiento específico como la vía segura al profesionalismo de alto estándar, hoy, sin renunciar al conocimiento propio de la profesión, la formación integral y diversa es deseable para promover con éxito espíritus emprendedores, innovadores y disruptivos, que además sean capaces de trabajar en equipo y de ejercer liderazgo en dicho contexto.

En suma, la educación que recibió Vespucio en el corazón del humanismo florentino, fue vital para entender lo que vino después. Y coincidiendo con el historiador Fernández-Armesto, puede que Américo no haya sido un alumno destacado y que no llegó a ser ni cercano al nivel de su maestro, pero recibió las herramientas que algún día utilizó, tanto en el mundo de los negocios y el comercio, en su condición de viajero y descubridor, o en su etapa de Piloto Mayor y responsable de las cartas de navegación. Este punto diferenciador es un valor agregado que el florentino tuvo y aprovechó, lo mismo que en el mundo de hoy, pues los que marcan diferencias en las empresas son los que precisamente van en esa misma dirección.

Además, a todo lo anterior hay que agregar otro elemento: La formación práctica; que hoy cobra enorme vigencia en el mundo profesional. En el caso de Américo, tras la educación recibida de su tío dominico, fue enviado como secretario personal de su otro tío, el famoso

diplomático Guido Antonio Vespucio, hombre de confianza de Lorenzo el Magnífico. Tal como lo vimos, estuvo en París y aprendió todo lo necesario del mundo de la diplomacia, la política y la negociación. Pero también debió aprender del mundo de las relaciones y de las redes de contacto, las que años más tarde servirían para su vida profesional. Américo tenía 26 años cuando realizó esa primera visita en el extranjero no itálico, algo así como la edad para realizar una “práctica profesional” que le entregó, ante todo, el “mundo”; algo que hoy más que nunca se necesita dentro del personal de una organización, y más aún si ese “mundo” le posibilitó entrar en la globalidad europea que estaba efectivamente en el proceso intenso de circulación de ideas e intercambio de información y saberes, es decir, a un entorno como el de hoy, aunque por supuesto, multiplicado en grado universal.

Creemos que la educación diferenciadora es un factor que debe servir de análisis en las empresas del presente. De hecho, son varios los casos de personajes de la actualidad empresarial y de la alta tecnología, que terminaron siendo grandes innovadores sin poseer un título universitario o técnico formal. Es decir, “los Vespucio” existen en el presente, con el agregado que en la actualidad sí se puede tener lo uno y lo otro, es decir, formación integral dentro del marco formal institucional. Incluso, si se persistiera en los casos que no terminaren formalmente una carrera, la mente abierta que resultase de este tipo de formación educacional podría tener como resultado el tener personas creativas y disruptivas. Sin embargo, es claro que hasta hoy las empresas y organizaciones siguen apostando por personas con títulos profesionales, aunque la tendencia futura es apuntar a personas formadas con las características antes descritas, es decir, con conocimientos dentro de la profesión y fuera de ella.

Todo lo anterior explica lo que definimos como el gran valor de este caso. Vespucio fue una persona con capacidad de abrir su mente, y eso probablemente no lo halló en un manual específico, o en un autor puntual que tuvo que leer en sus lecciones de gramática latina

y literatura toscana florentina. Lo aprendió a partir de su formación educacional integral, de su experiencia práctica en la diplomacia, en los negocios, en el mercadeo tanto en Florencia como en Sevilla, y en la experiencia como navegante. Quizás sumó otra poderosa “arma”, tan útil ayer y hoy: La empatía. Vespucio la tenía y eso significó ganar confianzas, experiencias, clientes y amistades profundas, como la que tuvo con el propio Colón.

En la sumatoria de todas sus experiencias, el resultado es que Américo era la persona que estaba por sobre la media en su época, no para hacer grandes proezas —porque de hecho no las hizo— sino para tener la capacidad de hacer una lectura de entorno más aguda de la que sus compañeros y amigos podían hacer. La capacidad de ampliar la mirada es un elemento sustancial que hoy debiese estar presente en los directorios de las organizaciones, en la alta dirección y por supuesto que en el marco general de todas las personas que forman parte de una empresa. Para ello, hay que promover perfiles que van en esa dirección. Por citar un ejemplo, no es posible que en un directorio todavía se concentren profesiones específicas que imposibiliten el que otras personas, con formación diferente, puedan opinar, aconsejar y, en muchos casos, identificar situaciones, problemáticas u oportunidades cruciales en una organización.

Hay un elemento final que debemos aprender de Américo, y que es el saber comunicar. Una cosa es constatar algo, pero otra es describirlo y darlo a conocer. El florentino fue un maestro en ello, no solo porque era capaz de expresar sus experiencias —gracias en gran parte a su formación humanista—, sino que además porque supo entregar sus noticias a las personas indicadas, con una profunda mirada estratégica.

Mapa de Sebastián Münster titulado Novae Insulae, en el que hace referencia a América 1545



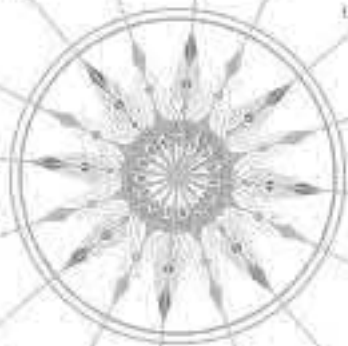
Colección privada



Finalmente, si en el mundo actual se habla de diversidad y globalidad, el ejemplo de Vespucio es muy pertinente, puesto que al margen de las polémicas sobre sus méritos para otorgar su nombre al nuevo continente, fue un personaje que supo comprender el entorno, con tal habilidad y apertura de mente que hoy este tipo de personajes, al margen de las virtudes y defectos aludidos a lo largo del relato, son cada día más necesarios en las empresas y organizaciones. Américo es un buen modelo para reflexionar y una historia que merece la pena conocer.

AMÉRICO VESPICIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES





Bibliografia

1. Arciniegas, German, Amerigo y el Nuevo Mundo, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
2. Boorstin, Daniel, Los Descubridores. Mexico: Grijalbo. 1992.
3. Cerezo, Ricardo, La cartografía Náutica Española en los siglos XIV, XV y XVI, CSIC, Madrid, 1994.
4. Contreras de la Paz, Rafael, El nombre de América, una ocurrencia sombría de la Historia. Boletín del Instituto de Estudios Giennenses, 145, pp. 1992, 9-22.
5. Cuesta, Mariano, Surroca, Alfredo, Cartografía Hispánica. Imagen de un mundo en crecimiento, 1503-1808, Ministerio de Defensa, Madrid, 2010.
6. Cuesta, Mariano, Un triunfo no buscado. Américo Vespucio, quinientos años después. Revista de historia naval, 31, Nº123, 2013, pp.39-54.
7. Favier, Jean, Los Descubrimientos. De Alejandro a Magallanes, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
8. Fernández-Armesto, Felipe, Américo, el hombre que dio su nombre a un continente, Tusquets editores, Barcelona, 2008 (Edición en inglés, 2007).
9. Fernández-Armesto, Felipe, Los conquistadores del Horizonte. Una historia mundial de la exploración, Ariel, Madrid, 2006.
10. Fernández de Navarrete, Martín, Viajes y descubrimientos españoles en el Pacífico, Editorial Maxtor, Valladolid, 2005.
11. Herrera y Tordesillas, Antonio de, Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano. Década primera, Imprenta Real de Nicolás Rodríguez, Madrid, 1726.
12. Levillier, Roberto, Américo Vespucio, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1967.

13. Levillier, Roberto, "Mundus Novus: Origen de la Fama de Vespucio", en *Revista interamericana de bibliografía*, Vol. 9, Nº. 4, 1959, pp. 319-340.
14. Levillier, Roberto, *América, la bien llamada*. Editorial Kraft, Buenos Aires, 1948.
15. Parry, John H., *El descubrimiento del Mar*, Crítica, Barcelona, 1989.
16. Roa de la Carrera, Cristián, *El Nuevo Mundo como problema de conocimiento: Américo Vespucio y el discurso geográfico del siglo XVI*, Vol. 70, No. 4 (Autumn, 2002), pp. 557-580
17. Robles Macías, Luis, *Amerigo Vespucci en Sanlúcar de Barrameda en 1496*. Cartare, Centro de Estudios de la Costa Noroeste de Cádiz, 2015, pp.1-30. <hal-01528120>.
18. Sellés, Manuel, *Instrumentos de navegación, del Mediterráneo al Pacífico*, Lundberg editories, Barcelona. 1994.
19. Tanzi, Héctor José, *Nuevas Interpretaciones sobre Vespucio y su viaje de 1501-1502*, en *Revista interamericana de bibliografía: Review of interamerican bibliography*, Vol. 33, Nº. 1, 1983, págs. 28-31.
20. Thomas, Hugh, *El imperio español, de Colón a Magallanes*, Planeta, Barcelona, 2003.
21. Vairo, Carlos Pedro, *Terra Australis, Historia de la Cartografía de Tierra del Fuego, Patagonia & Antártica*. Zagier & Urruty Publications, Ushuaia, 2010.
22. Varela, Consuelo, *Colón y los Florentinos*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.
23. Varela, Consuelo, *Americo Vespucci. Un Nombre para el Nuevo Mundo*. Madrid: Anaya. 1988.
24. Vespucio, Américo, *El Nuevo Mundo, viajes y documentos completos*, Akal, Madrid, 1985.
25. Zweig, Stefan, *Américo Vespucio*, Editorial Juventud, Barcelona, 1963.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todas aquellas personas que hicieron posible este libro:

Barry Lawrence Ruderman Antique Maps, La Jolla, California.

Biblioteca Universidad Adolfo Ibáñez, Viña del Mar y Santiago de Chile.

Cecilia Inojosa Grandela, UAI, Viña del Mar.

Francisca Rodríguez Bezanilla, Viña del Mar.

Juan y Peggy Rada, Domaine des Bois, Echenevex, Francia.

Librería Polifemo, Madrid.

María Alejandra Barrientos, EY Lima.

Miya Mishima, EY Lima.

Museo Naval, Madrid.

Neil Safier, The John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island.

Paul Mendoza, EY Lima.

The Library of Congress, Washington.

OTRAS PUBLICACIONES



Cristóbal Colón, el emprendedor

Una historia en clave de negocios
2016

Cristóbal Colón es un personaje fascinante y de su vida, muchas veces enigmática, y se pueden extraer enormes enseñanzas para el presente y el futuro, tanto en lo profesional como en lo personal.

En esta obra se aborda su figura desmitificada, con luces y sombras, poniendo en valor el famoso proyecto del descubrimiento, el cual en realidad era una empresa que buscaba, ante todo, convertirse en un éxito comercial. Este célebre navegante genovés se debe entender en un siglo de cambios e innovaciones, en donde afloró, en plenitud, su espíritu emprendedor.



Magallanes y Elcano

La empresa de la primera circunnavegación del mundo
2017

Fernando o Hernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano son dos personajes importantes de la historia moderna, al cual les une el honor de haber participado en lo que se conoce como la primera circunnavegación del mundo entre 1519 y 1522, y cuyo hito relevante fue el descubrimiento del Estrecho de Magallanes, constatación empírica de que había un paso que conectaba los océanos Atlántico y el Pacífico.

Esta historia fascinante, llena de claroscuros, es un buen modelo de aprendizaje para los negocios, porque se enmarca en el desarrollo de una empresa innovadora que buscaba réditos económicos, y donde el ejercicio del liderazgo y trabajo en equipo fueron puestos a prueba en muchos momentos de la increíble travesía.

Solicita un volumen escribiendo a eyperu@pe.ey.com



AMÉRICO VESPUCIO

LA CAPACIDAD DE IDENTIFICAR OPORTUNIDADES

Américo Vespucio es una figura poco conocida en la historia de Nuevo Mundo aunque, paradójicamente, es a él a quien nuestro continente debe su nombre. Este personaje, originario de una Florencia Renacentista, está lleno de luces y sombras que por años ha motivado a historiadores a conocer su cara más real. En esta obra se puede observar una nueva interpretación la de un Américo, con virtudes y defectos, pero con una capacidad de observar su entorno, y que supo comunicar con habilidad sus conjeturas y convicciones. En suma, un buen ejemplo y vigente, para reflexionar.

ISBN: 978-612-47325-2-2



9 786124 732522